

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LX, número 6 (2.805)

Ciudad del Vaticano

10 de febrero de 2023

## Dolor y esperanza

ANDREA MONDA

Cuando ocurren tragedias devastadoras como el terremoto en Turquía y Siria, los hombres se adhieren, se aferran desesperadamente a la esperanza. La esperanza tiene sentido precisamente cuando la situación es desesperada. Este es también el sentido de la oración: «Casi todas las cosas que los hombres piden en la oración - observa C. S. Lewis - son impredecibles: el resultado de una batalla o una operación, la pérdida o ganancia de un trabajo, un amor correspondido. Ciertamente no rezamos por los eclipses». El eclipse es lo opuesto al terremoto en términos de previsibilidad: es un gran "espectáculo" del que ya sabemos todo de antemano. Desde este punto representa bien el clima, el *ánimo* que decimos hoy, del actual mundo occidental tecnológicamente avanzado, donde todo es espectacular y no hay espacio salvo para lo previsto, programado, planificado; incluso los viajes, emblema de la aventura, son "organizados". Y por supuesto algo siempre se escapa. Como un terremoto. Y aquí brotan las dos hermanas en perpetua competencia: el miedo y la esperanza.

Las imágenes que estamos viendo estos días hablan por sí solas y revelan estas dos dimensiones: la del miedo y la de la esperanza. La alegría repentina que estalla cuando un padre encuentra a su hijo con vida, rescatado de debajo de los escombros, y el dolor silencioso e inconsolable que quiebra cuando este "milagro" no ocurre. En este periódico publicamos una foto de dos manos, la de un padre que, estrechando la mano de su hija ya muerta, intentaba de algún modo devolverle la vida. Cuánta vida hay en esta muerte y cuánta muerte hay en nuestra vida, aunque evitemos mirarla, pensar en ella.

Más tarde llegó la noticia de un milagro ocurrido: la niña recién nacida bajo los escombros y encontrada con vida, aún unida al cordón umbilical de su madre ya muerta. No hay mayor amor que dar la vida. Las madres siempre lo han hecho, en cualquier condición, incluso en las más extremas, como esta madre de Jinderis, en Siria. Esta niña es como la luz de una estrella que, inconsciente de la muerte de su fuente, llega obstinadamente a la Tierra, después de un largo viaje sideral, para iluminar el destino de los hombres, animándolos. Pero esta enorme pequeña historia de la recién nacida bajo los escombros también se parece a otra: el misterio de la Pascua. En Jinderis fue Sábado Santo. Jesús está muerto y sepultado, él también como esa madre está debajo de la piedra y desde allí no deja de generar la vida, para todos. Jesús, que murió dando la vida por amor, es ese cordón umbilical que, desde el abismo de la muerte, nos sostiene, nos alimenta, nos anima y nos ilumina el camino. Este viaje nuestro tan incierto, impredecible, maravilloso y dramático que llamamos vida.



En dos telegramas enviados a los nuncios apostólicas en Turquía y Siria

### El dolor y la oración del Papa

Al conocer la trágica noticia del devastador terremoto que ha golpeado a Turquía y Siria, el Papa Francisco, a través del cardenal secretario de Estado, dirigió los siguientes telegramas de pésame a los nuncios apostólicos en los dos países. Su Santidad el Papa Francisco se enteró con profunda tristeza de la gran pérdida de vidas causada por el terremoto en la zona suoriental de Turquía, y asegura su cercanía espiritual a todas las personas afectadas. Encomendado a todos los que han fallecido a la amorosa misericordia del Omnipotente, envía un sentido pésame a los que lloran su pérdida. Su Santidad reza además para que el personal de emergencia sea sostenido en el cuidado de los heridos y en el trabajo de rescate por los dones divinos de la fuerza y la perseverancia. Profundamente entristecido por la importante pérdida de vidas causada por el terremoto en la zona noroccidental de Siria, Su Santidad el Papa Francisco ofrece sentidas oraciones por las almas de los difuntos y por todos aquellos que los lloran. Encomendando a las personas afectadas por el desastre a la providencia del Omnipotente, reza en particular por el personal de emergencia que trabaja en los rescates. Como signo renovado de su solidaridad espiritual, Su Santidad invoca sobre el pueblo sirio que sufre las bendiciones divinas de la fuerza y la paz.

El Papa Francisco concluye el viaje apostólico a Sudán del Sur

### Cultivar un mañana mejor



*El Papa en Sudán del Sur en páginas 2-10*

## El Papa en Sudán del Sur

Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático

# Basta ya de sangre derramada y de conflictos es la hora de la paz

Con la llegada la tarde del viernes 3 de febrero, al aeropuerto de Yuba, inició la segunda etapa del viaje del Papa Francisco a África. Desde el aeropuerto internacional el Pontífice fue con el papa móvil hasta el Palacio presidencial en la capital de Sudán del Sur, para la visita de cortesía al jefe del Estado, realizada junto con el arzobispo de Canterbury, Justin Welby, y el moderador de la Asamblea general de la Iglesia de Escocia, el pastor Iain Greenhields. Después de haberse reunido con privado en su estudio con el presidente de la República, el Obispo de Roma llegó al "Board Room" para saludar a los cinco vicepresidentes Riek Machar Teny Dhurgo, James Wani Igga, Taban Deng Gai, Rebecca Nyandeng Garang De Mabior y Hussein Abdelbagi. Finalmente, en el jardín de la residencia tuvo lugar el primer encuentro público en el país: con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático, que contó con los discursos del jefe del Estado, el arzobispo Welby, el pastor y Francisco, el cual publicamos a continuación.

Señor Presidente de la República, señores Vicepresidentes, ilustres Miembros del Gobierno y del Cuerpo diplomático, distinguidas Autoridades religiosas, insignes Representantes de la sociedad civil y del mundo de la cultura, señoras y señores:

Gracias, señor Presidente, por sus palabras. Me alegra estar en esta tierra que llevo en el corazón. Le agradezco, señor Presidente, la bienvenida que me ha dirigido. Saludo cordialmente a cada uno de ustedes y, a través de ustedes, a todas las mujeres y a los hombres que habitan en este joven y querido país. Vengo como peregrino de reconciliación, con el sueño de acompañarles en su camino de paz, un camino tortuoso, pero que ya no puede ser postergado. No he llegado solo, porque en la paz, como en la vida, se camina juntos. Me encuentro ante ustedes con dos hermanos, el Arzobispo de Canterbury y el Moderador de la Asamblea general de la Iglesia de Escocia, a los que agradezco lo que nos dirán. Juntos, tendiéndoles la mano, nos presentamos a ustedes y a este pueblo en el nombre de Jesucristo, Príncipe de la paz.

Nos hemos embarcado en esta peregrinación ecuménica de paz después de haber escuchado el grito de todo un pueblo que, con gran dignidad, llora por la violencia que sufre, por la constante inseguridad, por la pobreza que lo golpea y por los desastres naturales que lo atormentan. Son años de guerras y conflictos que parecen no tener fin, incluso también recientemente, incluso ayer, se han verificado violentos enfrentamientos, mientras que los procesos de reconciliación y las promesas de paz permanecen incum-

plidas. Que este sufrimiento extenuante no sea en vano; que la paciencia y los sacrificios del pueblo sursudanés, de esta gente joven, humilde y valiente, interpelen a todos y, que como semillas que en la tierra dan vida a la planta, vean nacer brotes de paz que den fruto. Hermanos y hermanas, es la hora de la paz.

Aquí abundan los frutos y la vegetación gracias al gran río que atraviesa el país. Lo que el antiguo historiador Heródoto decía de Egipto, es decir, que era un "don del Nilo", vale también para Sudán del Sur. Verdaderamente, como se dice aquí, esta es una "tierra de gran abundancia". Quisiera por tanto dejarme transportar por la imagen del gran río que atraviesa este país reciente, pero con una historia antigua. Durante siglos los exploradores se han adentrado en el territorio en que nos encontramos para remontar el Nilo Blanco en búsqueda de las fuentes del río más largo del mundo. Quisiera comenzar mi itinerario con ustedes partiendo precisamente de la búsqueda de las fuentes de nuestra convivencia. Porque esta tierra, que abunda de muchos bienes en el subsuelo, pero, sobre todo, en los corazones y en las mentes de sus habitantes, hoy necesita volver a apagar su sed en fuentes frescas y vitales.

Distinguidas autoridades, ustedes son esas fuentes, las fuentes que riegan la convivencia común, los padres y las madres de este país niño. Ustedes están llamados a regenerar la vida social, como fuentes limpiadas de prosperidad y de paz, porque esto es lo que necesitan los hijos de Sudán del Sur: necesitan padres, no patrones; pasos decididos hacia el desarrollo, no continuas caídas. Ya es hora de que los años sucesivos al nacimiento del país, marcados por una infancia herida, dejen paso a un crecimiento pacífico. Ilustres autoridades, vuestros "hijos" y la historia misma les recordarán si hacen el bien a esta población, que les has sido confiada para servirla. Las generaciones futuras honrarán o borrarán la memoria de sus nombres en base a cuanto ustedes hagan ahora, porque, así como el río deja las fuentes para comenzar su curso, también el curso de la historia dejará atrás a los enemigos de la paz y dará renombre a quienes trabajaron por la paz. En efecto, lo enseña la Escritura, «el que busca la paz tendrá una descendencia» (Sal 37:37).

La violencia, sin embargo, hace retroceder el curso de la historia. El mismo Heródoto mostraba el trastorno generacional, señalando cómo en la guerra no son los hijos quienes entierran a los padres, sino los padres los que entierran a los hijos (cf. *Historias* I,87). Para que esta tierra no quede reducida a un cementerio, sino



que vuelva a ser un jardín floriente, les ruego, de todo corazón, que acojan una palabra sencilla, que no es mía, sino de Cristo. Él la pronunció precisamente en un jardín, en el Getsemaní, cuando, ante el discípulo que había desvainado la espada, dijo: «Basta» (Lc 22,51). Señor Presidente, señores Vicepresidentes, en nombre de Dios, del Dios al que juntos rezamos en Roma; del Dios manso y humilde de corazón (cf. Mt 11,29), en el que mucha gente de vuestro país cree, ha llegado la hora de decir basta, sin condiciones y sin "peros". Basta ya de sangre derramada, basta de conflictos, basta de agresiones y acusaciones recíprocas sobre quien haya sido culpable, basta de dejar al pueblo sediento de paz. Basta de destrucción, es la hora de la construcción. Hay que dejar atrás el tiempo de la guerra y propiciar un tiempo de paz. Y sobre esto, señor Presidente, me viene al corazón ese coloquio nocturno que hace tantos años tuvimos en Uganda. Su voluntad de paz estaba allí. Sigamos adelante con esto.

Volvamos a las fuentes del río, al agua que simboliza la vida. En las fuentes de este país encontramos otra palabra, que designa el curso emprendido por el pueblo sursudanés el 9 de julio de 2011: República. Pero, ¿qué quiere decir ser una res publica? Significa reconocerse como realidad pública, es decir, afirmar que el Estado es de todos; y, por tanto, que quien, en su seno, asume responsabilidades mayores, presidiéndolo o gobernándolo, está obligado a ponerse al servicio del bien común. Este es el propósito de la autoridad: servir a la comunidad. La tentación que está siempre al acecho es servirse de ella para alcanzar los propios intereses. No basta por tanto llamarse República; es necesario serlo, a partir de los bienes primarios. Que los abundantes recursos, con los que Dios ha

bendecido esta tierra, no se reserven a unos pocos, sino que sean prerrogativa de todos, y que los planes de reactivación económica se correspondan con proyectos dirigidos a una equa distribución de las riquezas.

Para la vida de la República es fundamental el desarrollo democrático. Este tutela la benéfica distribución de los poderes públicos, de modo que, por ejemplo, quien administra la justicia pueda ejercerla sin condicionamientos por parte de quien legisla o gobierna. La democracia presupone, además, el respeto de los derechos humanos, custodiados por la ley y por su aplicación, y específicamente presupone la libertad de expresar las propias ideas. En efecto, es necesario recordar que no hay paz sin justicia (cf. S. Juan Pablo II, Mensaje para la celebración de la XXXV Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2002), pero también que no hay justicia sin libertad. Por tanto, se debe conceder a cada ciudadano y ciudadana la posibilidad de disponer del don único e irrepetible de la existencia con los medios adecuados para realizarlo. Como escribía el Papa Juan, el hombre tiene «derecho a la existencia, a la integridad corporal, a los medios necesarios para un decoroso nivel de vida» (S. Juan XIII, Carta enc. *Pacem in terris*, 11).

El río Nilo, dejando las fuentes, después de haber atravesado algunas zonas escarpadas que crean cascadas y rápidos, una vez que entra en la llanura sursudanés, precisamente en los alrededores de Yuba, se hace navegable, para después adentrarse en zonas más pantanosas. Análogamente, espero que el itinerario de paz de la República no proceda entre altos y bajos, sino que, desde esta capital, se vuelva transitable, sin quedarse empantanado en la inercia. Amigos, es tiempo de pasar de las palabras a los hechos. Es tiempo de pasar página; es

tiempo de compromiso en favor de una transformación que es urgente y necesaria. El proceso de paz y de reconciliación requiere un nuevo impulso. Que se entienda y se lleve adelante el acuerdo de paz, así como la hoja de ruta. En un mundo marcado por las divisiones y los conflictos, este país acoge una peregrinación ecuménica de paz, que constituye una rareza; ojalá represente un cambio de marcha, la ocasión para que Sudán del Sur vuelva a navegar por aguas tranquilas, reanudando el diálogo sin falsedades y oportunismos. Que sea para todos una ocasión para relanzar la esperanza, no sólo para el gobierno, sino para todos; que cada ciudadano pueda comprender que ya no es tiempo de dejarse llevar por las aguas malsanas del odio, del tribalismo, del regionalismo y de las diferencias étnicas. Hermanos y hermanas, es tiempo de navegar juntos hacia el futuro, juntos. Esta palabra no se debe olvidar: juntos.

El cauce del gran río nos sigue ayudando, sugiriéndonos la modalidad. En su recorrido, junto al lago No se une a otro río, dando vida al denominado Nilo Blanco. La límpida claridad de las aguas brota, por tanto, del encuentro. Este es el camino, hermanos y hermanas: respetarse, conocerse y dialogar. Porque, si detrás de cada agresión hay rabia y rencor, y detrás de cada rabia y rencor está el recuerdo de heridas, humillaciones y errores que no se han sanado, la única ruta para salir de ahí es el encuentro, la cultura del encuentro: acoger a los demás como hermanos y darles su espacio, incluso sabiendo dar un paso atrás. Esta actitud, esencial para los procesos de paz, es indispensable también para el desarrollo cohesionado de la sociedad. Y para pasar de la barbarie del enfrentamiento al civismo del encuentro es decisivo el papel que pueden y

quieren realizar los jóvenes. Que se les aseguren por ello espacios de libertad y de encuentro donde reunirse y debatir; y donde puedan hacerse cargo, sin miedo, del futuro que les pertenece. Que se involucre más, incluso en los procesos políticos y decisivos, también a las mujeres, las madres, que saben cómo se genera y se conserva la vida. Que haya respeto hacia ellas, porque quien comete violencia contra una mujer, la comete contra Dios, que de una mujer tomó la carne. Cristo, el Verbo encarnado,

SIGUE EN LA PÁGINA 6

### L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

*Uniusque suum Non proculdubio*

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.ort@spcva  
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI  
Director editorial

ANDREA MONDA  
director

Silvina Pérez  
jefe de la edición

Redacción  
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma  
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:  
teléfono +39 06 698 45793/45794  
fax +39 06 698 84998  
e-mail: pubblicazioni.photo@spcva  
www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:  
Il Sole 24 Ore S.p.A.  
System Comunicazione Pubblicitaria  
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano  
segreteria@redirezione.com

En México: Arquidiócesis primada de México.  
Dirección de Comunicación Social.  
San Juan de Dios, 222-C. Col.  
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.  
Del. Tlalpan. México, D.F.  
teléfono + 52 55 2652 99 55  
fax + 52 55 5318 75 32  
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,  
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú  
teléfono + 51 42 357 82  
fax + 51 431 67 82  
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

## El Papa en Sudán del Sur

En el encuentro en la catedral de Santa Teresa con los obispos y consagrados

# Llamados a alzar la voz contra la injusticia, prevaricación y violencia

El Papa pide ser profetas, acompañantes e intercesores

La mañana del sábado 4 de febrero, segundo día de la visita a Sudán del Sur, el Papa Francisco después de haber celebrado en privado la misa en la nunciatura apostólica de Yuba, se dirigió en coche a la catedral de Santa Teresa para reunirse con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados -hombres y mujeres- y los seminaristas del país africano. Publicamos el texto del discurso pronunciado por el Pontífice, después del saludo que le dirigió el presidente de la Conferencia episcopal de Sudán, el obispo Yunan Tombe Trille Kuku, y los testimonios de un sacerdote y de una monja.

Queridos hermanos obispos, presbíteros y diáconos, queridos consagrados y consagradas, queridos seminaristas, novicias, novicios y aspirantes: ¡buenos días a todos!

Desde hace tiempo tenía el deseo de encontrarme con ustedes; por eso hoy quisiera agradecer al Señor. Agradezco a Mons. Tombe Trille su saludo y a todos ustedes su presencia y su saludo. Algunos hicieron días de camino para estar hoy aquí. Llevo siempre grabados en el corazón algunos momentos que hemos vivido antes de esta visita, como la celebración en San Pedro en el 2017, durante la cual elevamos una súplica a Dios pidiendo el don de la paz; y el retiro espiritual del 2019 con los líderes políticos, que fueron invitadas para que, por medio de la oración, acogieran en sus corazones la firme resolución de trabajar por la reconciliación y la fraternidad en el país. Nuestra necesidad primordial es acoger a Jesús, nuestra paz y nuestra esperanza.

En mi discurso de ayer me inspiré en el curso de las aguas del Nilo, que atraviesa vuestro país como si fuera su espina dorsal. En la Biblia, a menudo se asocia el agua a la acción de Dios creador; a la compasión que sacia nuestra sed cuando atravesamos el desierto; a la misericordia que nos purifica cuando caemos en el pantano del pecado. Él, en el Bautismo, nos ha santificado «por el baño del nuevo nacimiento y la renovación del Espíritu Santo» (Tí 3,5). Precisamente desde una perspectiva bíblica, quisiera mirar nuevamente las aguas del Nilo. Por una parte, en el lecho de este curso de agua se derraman las lágrimas de un pueblo inmerso en el sufrimiento y en el dolor, martirizado por la violencia; un pueblo que puede rezar como el salmista: «Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar» (Sal 137,1). Las aguas del gran río, en efecto, recogen el llanto desgarrado de vuestra comunidad, recogen el grito de dolor por tantas vidas destrozadas,

recogen el drama de un pueblo que huye, la aflicción del corazón de las mujeres y el miedo impreso en los ojos de los niños. Se ve el miedo en los ojos de los niños. Pero, al mismo tiempo, las aguas del gran río nos evocan la historia de Moisés y, por eso, son signo de liberación y de salvación. Moisés, de hecho, fue salvado de las aguas y, al haber con-

servar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?» (v. 3). Esta es la docilidad que se necesita en nuestro ministerio: acercarnos a Dios con asombro y humildad. Hermanas y hermanos, no pierdan el asombro del encuentro con Dios. No pierdan el asombro del contacto con la Palabra de Dios. Moisés se dejó atraer y orientar por

identidad se conmovió por el sufrimiento y la humillación de sus hermanos, tanto que un día decidió hacer justicia por sí mismo, hiriendo de muerte a un egipcio que maltrataba a un hebreo. Sin embargo, después de este episodio tuvo que escapar y permanecer muchos años en el desierto. Allí experimentó una especie de desierto interior: había pensado afrontar

Dios lo hace capaz de interceder por ellos. Esta es la segunda actitud de la que quisiera hablarles hoy: la intercesión. Moisés hizo experiencia de un Dios compasivo, que no permanece indiferente frente al clamor de su pueblo y desciende a liberarlo. Es hermoso este descender. Dios desciende a liberarlo. Dios, por su condescendencia hacia nosotros, vino entre

puede hacer cualquier empresa—, sino una Iglesia que, en nombre de Cristo, está en medio de la vida dolorosa del pueblo y se ensucia las manos por la gente. Nunca debemos ejercitar el ministerio persiguiendo el prestigio religioso y social —ese feo “hacer carrera”—, sino caminando en medio y juntos, aprendiendo a escuchar y a dialogar, colaborando entre nosotros ministros y con los laicos. Quisiera repetir esta palabra importante: juntos. No lo olvidemos: juntos. Obispos y sacerdotes, sacerdotes y diáconos, pastores y seminaristas, ministros ordenados y religiosos, siempre en el respeto de la maravillosa especificidad de la vida religiosa. Tratemos de vencer entre nosotros la tentación del individualismo, de los intereses de parte. Es muy triste cuando los pastores no son capaces de comunión, ni logran colaborar entre ellos, ¡incluso se ignoran! Cultivemos el respeto recíproco, la cercanía, la colaboración concreta. Si eso no sucede entre nosotros, ¿cómo podemos predicarlo a los demás? Volvamos a Moisés y, para profundizar en el arte de la intercesión, miremos sus manos. A este respecto, la Escritura nos ofrece tres imágenes: Moisés con el bastón en sus manos, Moisés con las manos extendidas y Moisés con las manos alzadas al cielo.

La primera imagen, la de Moisés con el bastón en sus manos, nos dice que él intercede con la profecía. Con ese bastón realizará prodigios, signos de la presencia y del poder de Dios, en cuyo nombre está hablando, denunciando a voz en grito el mal que sufre el pueblo y pidiendo al faraón que lo deje partir. Hermanos y hermanas, para interceder en favor de nuestro pueblo, también nosotros estamos llamados a alzar la voz contra la injusticia y la prevaricación, que aplastan a la gente y utilizan la violencia para sacar adelante sus negocios a la sombra de los conflictos. Si queremos ser pastores que interceden, no podemos permanecer neutrales frente al dolor provocado por las injusticias y las agresiones porque, allí donde una mujer o un hombre son heridos en sus derechos fundamentales, se ofende al mismo Cristo. Me alegró escuchar en el testimonio del Padre Luka que la Iglesia no deja de llevar adelante un ministerio que es al mismo tiempo profético y pastoral. ¡Gracias! Gracias porque, si hay una tentación de la que tenemos que cuidarnos, es la de dejar las cosas como están y no intere-



cido a los suyos por el Mar Rojo, se convirtió en instrumento de liberación, icono del auxilio de Dios que ve la opresión de sus hijos, escucha sus gritos y baja a liberarlos (cf. Ex 3,7). Contemplando la historia de Moisés, que guio al Pueblo de Dios por el desierto, preguntémosnos qué significa ser ministros de Dios en una historia marcada por la guerra, el odio, la violencia y la pobreza. ¿Cómo ejercitar el ministerio en esta tierra, a lo largo de la orilla de un río bañado por tanta sangre inocente, mientras que los rostros de las personas que se nos confían están surcados por lágrimas de dolor? Esta es la pregunta. Y cuando hablo de ministerio, lo hago en sentido amplio: ministerio presbiteral, diaconal y ministerio catequístico, de enseñanza, que hacen tantos consagrados, consagradas y laicos. Para intentar responder, quisiera concentrarme en dos actitudes de Moisés: la docilidad y la intercesión. Creo que estas dos cosas tocan nuestra vida, aquí.

Lo primero que nos impacta de la historia de Moisés es su docilidad a la iniciativa de Dios. Pero no debemos pensar que siempre haya sido así; en un primer momento pretendió llevar adelante por su cuenta el esfuerzo por combatir la injusticia y la opresión. Habiendo sido salvado por la hija del faraón en las aguas del Nilo, cuando ya había descubierto su

la injusticia sólo con sus fuerzas y ahora, como consecuencia, se había convertido en un fugitivo; tenía que esconderse, vivir en soledad y experimentar el amargo significado del fracaso. Me pregunto: ¿cuál había sido el error de Moisés? Pensar que él era el centro, contando solamente con sus propias fuerzas. Pero, de ese modo, se había quedado prisionero de los peores métodos humanos, como el de responder a la violencia con más violencia. Algo parecido nos puede pasar también en nuestra vida como sacerdotes, diáconos, religiosos y seminaristas, consagrados, consagradas, todos; en el fondo, pensamos que nosotros somos el centro, que podemos confiar —si no en teoría, al menos en la práctica— casi exclusivamente en nuestras propias habilidades; o, como Iglesia, pensamos dar respuestas a los sufrimientos y a las necesidades del pueblo con instrumentos humanos, como el dinero, la astucia, el poder. En cambio, nuestra obra viene de Dios. Él es el Señor y nosotros estamos llamados a ser dóciles instrumentos en sus manos. Moisés aprendió esto cuando, un día, Dios fue a su encuentro, apareciendo «en una llama de fuego, que salía de en medio de la zarza» (Ex 3,2). Moisés se dejó atraer, dio espacio al asombro, adoptó una actitud dócil para dejarse iluminar por la fascinación de ese fuego, ando ya había descubierto su

Dios. Confiemos en su Palabra antes de usar nuestras palabras, acojamos con mansedumbre su iniciativa antes de centrarnos en nuestros proyectos personales y eclesiales; pues la primacía no es nuestra, la primacía es de Dios.

Este dejarnos modelar dócilmente es lo que nos hace vivir el ministerio de manera renovada. Ante el Buen Pastor, comprendemos que no somos los jefes de una tribu, sino pastores compasivos y misericordiosos; que no somos los dueños del pueblo, sino siervos que se inclinan a lavar los pies de los hermanos y las hermanas; que no somos una organización mundana que administra bienes terrenos, sino la comunidad de los hijos de Dios. Hermanas y hermanos, entonces, hagamos como Moisés en la presencia de Dios: quitémonos las sandalias con humilde respeto (cf. v. 5), despojémonos de nuestra presunción humana, dejémosnos atraer por el Señor y cultívemos el encuentro con Él en la oración; acerquémonos cada día al misterio de Dios, para que nos sorprenda, para que quememos la maleza de nuestro orgullo y de nuestras ambiciones desmedidas y nos haga humildes compañeros de viaje de las personas que se nos encomiendan.

Purificado e iluminado por el fuego divino, Moisés se convierte en instrumento de salvación para sus hermanos que sufren; la docilidad a

nosotros hasta asumir en Jesús nuestra carne, experimentar nuestra muerte y nuestros infiernos. No deja de descender para levantarnos. Quien es un experimentado de Él, está llamado a imitarlo. Eso hace Moisés, que “desciende” entre los suyos. Lo hará más veces durante el paso por el desierto. Él, en efecto, en los momentos más importantes y difíciles, sube y baja del monte de la presencia de Dios para interceder por el pueblo, es decir, para entrar en su historia y acercarlo a Dios. Hermanos y hermanas, interceder «no quiere decir simplemente “rezar por alguien”, como casi siempre pensamos. Etimológicamente significa “dar un paso al medio”, o sea, dar un paso para ponernos en medio de una situación» (C.M. Martini, Diccionario Espiritual, Madrid, 1997). A veces no se obtiene mucho, pero es necesario hacerlo; un grito de intercesión. Interceder es, por tanto, descender para ponerse en medio del pueblo, “hacerse puentes” que lo unen con Dios.

A los pastores se les pide que desarrollen precisamente este arte de “caminar en medio”. La especialidad de los pastores debe ser caminar en medio: en medio de los sufrimientos, en medio de las lágrimas, en medio del hambre de Dios y de la sed de amor de los hermanos y hermanas. Nuestro primer deber no es el de ser una Iglesia perfectamente organizada —esto lo

## El Papa en Sudán del Sur

Encuentro con los desplazados internos en la "Freedom Hall" de Yuba

# Las mujeres son la clave para tra

En la tarde del sábado 4 de febrero, el Papa Francisco desde la nunciatura apostólica de Yuba fue en coche hasta la "Freedom Hall" - normalmente utilizada como sala de reuniones de la Asamblea Legislativa nacional de transición de Sudán del Sur - para encontrarse con una representación de los desplazados internos del país que viven en los Internally Displaced Persons Camps (Idp). Después del canto de apertura y la oración inicial guiada por el pastor Greenshields, se presentaron los grupos que iban a intervenir. A la proyección de un vídeo con comentario de la vicerrepresentante especial del secretario general en la misión de las Naciones Unidas en Sudán del Sur, Sara Beysolow Nyanti, le siguieron los conmovedores testimonios de dos niños y de una niña procedentes respectivamente de los campos Bentiu, Malakal en Juba. Finalmente después de la oración del arzobispo Welby, el Pontífice pronunció el discurso que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas: ¡buenas tardes!

Les agradezco sus oraciones, sus testimonios y sus cantos. He pensado mucho en ustedes, llevando en el corazón el deseo de encontrarlos, de mirarlos a los ojos, de darles la mano y abrazarlos.

Finalmente estoy aquí, junto a los hermanos con los que comparto esta peregrinación de paz, para expresarles toda mi cercanía, todo mi afecto. Estoy con ustedes, sufro por ustedes y con ustedes.

Joseph, has hecho una pregunta decisiva: «¿Por qué estamos sufriendo en un campo para desplazados?». ¿Por qué? ¿Por qué tantos niños y jóvenes como tú están allí, en vez de ir a la escuela a estudiar o a un hermoso lugar al aire libre a jugar? Tú mismo nos has dado la respuesta, diciendo que es «por los conflictos que atraviesa actualmente el país». Es precisamente a causa de las devastaciones que produce la violencia humana, además de las que producen las inundaciones, que millones de hermanas y hermanos nuestros, como ustedes, entre los cuales muchísimas madres con sus hijos, tuvieron que dejar sus tierras y abandonar sus aldeas, sus casas. Lamentablemente en este país martirizado ser desplazado o refugiado se ha convertido en una experiencia normal y colectiva.

Renuevo, por tanto, con todas las fuerzas, el más apremiante llamamiento a que cese todo conflicto, a retomar seriamente el proceso de paz para que finalicen las agresiones y la gente pueda volver a vivir de manera digna. Sólo con la paz, la estabilidad y la justicia podrá haber desarrollo y reintegración social. Pero no podemos esperar más. Un gran número



de niños nacidos en estos años sólo ha conocido la realidad de los campos para desplazados, olvidando el ambiente del hogar, perdiendo el vínculo con la propia tierra de origen, con las raíces, con las tradiciones. No puede haber futuro en los campos para

Renuevo, por tanto, con todas las fuerzas, el más apremiante llamamiento a que cese todo conflicto, a retomar seriamente el proceso de paz para que finalicen las agresiones y la gente pueda volver a vivir de manera digna. Sólo con la paz, la estabilidad y la justicia podrá haber desarrollo y reintegración social

desplazados. Se necesita, precisamente como pedías tú, Johnson, que todos los jóvenes como tú tengan la posibilidad de ir a la escuela y también el espacio para jugar al fútbol. Es necesario crecer como sociedad abierta, mezclándose, formando un único pueblo atravesando los desafíos de la integración, también aprendiendo las lenguas habladas en todo el

país y no sólo en la propia etnia. Es necesario abrazar el maravilloso riesgo de conocer y acoger a quienes son diferentes, para volver a encontrar la belleza de una fraternidad reconciliada y experimentar la aventura impagable de construir libremente el propio futuro junto

al de toda la comunidad. Es absolutamente necesario evitar la marginalización de grupos y la segregación de seres humanos. Pero para satisfacer todas estas necesidades se necesita paz. Y se necesita la ayuda de muchos, la ayuda de todos.

Por eso quisiera agradecer a la vicerrepresentante especial Sara Beysolow Nyanti el habernos dicho que hoy es la ocasión para que todos vean lo que está sucediendo en este país desde hace años. Aquí, en efecto, perdura la mayor crisis de refugiados del continente, con al menos cuatro millones de hijos de esta tierra que han sido desplazados; con inseguridad alimentaria y malnutrición que afectan a dos tercios de la población; y con las previsiones que hablan de una tragedia humanitaria que puede empeorar aún más en el transcurso del año. Pero, sobre todo, quisiera agradecerle porque, tanto usted como muchas otras personas, no se detuvieron a estudiar la situación, sino que se pusieron manos a la obra. Usted, señora, recorrió el país, miró a los ojos a las madres siendo testigo del dolor que experimentan por la situación de sus hijos. Me impresionó cuando afirmó que, a pesar de todo lo que sufren, la sonrisa y la esperanza nunca se apagaron en sus rostros. Y comparto cuanto ha dicho sobre ellas: las madres, las mujeres son la clave para transformar el país. Si reciben las oportunidades adecuadas, por medio de su laboriosidad y su actitud de proteger la vida, tendrán la capacidad de cambiar el rostro de Sudán del Sur y de proporcionarle un desarrollo sereno y cohesionado. Pero, les ruego, ruego a todos los habitantes de estas tierras: que la mujer sea protegida, respetada, valorada y honrada. Por favor, protejan, respeten, valoren y honren a cada mujer, niña, adolescente, joven, adulta, madre, abuela. Si no, no habrá futuro. Y ahora, hermanos y hermanas, los digo mi-

rando, veo sus ojos cansados pero luminosos, que no han perdido la esperanza; sus labios que no han perdido la fuerza de rezar y de cantar; los veo a ustedes que tienen las manos vacías pero el corazón lleno de fe; a ustedes que llevan dentro un pasado marcado por el dolor, pero no dejan de soñar con un futuro mejor. Nosotros hoy, encontrándonos con ustedes, quisiéramos dar alas a vuestra esperanza. Lo creemos, creemos que ahora, también en los campos para desplazados, donde, lamentablemente, la situación del país los obliga a estar, puede nacer, como de la tierra desnuda, una semilla nueva que dará fruto.

Quisiera decirles que ustedes son la semilla de un nuevo Sudán del Sur, la semilla para un crecimiento fértil y lozano del país; ustedes, de las distintas etnias, ustedes que han sufrido y están sufriendo, pero que no quieren responder al mal con otro mal. Ustedes, que eligen desde ahora la fraternidad y el perdón, están cultivando un mañana mejor. Un mañana que nace hoy, allí donde están, de la capacidad de colaborar, de tejer tramas



Quizás era todo lo que tenía, pero el niño que delante de la catedral de narrado en el Evangelio de Lucas conocido como el óbolo del viudo

# nsformar el país



de comunión e itinerarios de reconciliación con quienes, aun siendo de diferentes etnias y procedencias, viven junto a ustedes. Hermanos y hermanas, sean ustedes semillas de esperanza, en las que ya se percibe el árbol que un día, esperemos cercano, dará fruto. Sí, us-

En Sudán del Sur los jóvenes crecen atesorando los relatos de los ancianos y, si bien la narrativa de estos años estuvo caracterizada por la violencia, es posible, más aún, es necesario inaugurar una nueva a partir de ustedes: una nueva narrativa del encuentro, donde lo que se ha sufrido no se olvide

tedes serán los árboles que absorberán la contaminación de años de violencia y restituirán el oxígeno de la fraternidad. Es verdad, ahora están "plantados" donde no quieren, pero precisamente en esta situación de sufrimiento y precariedad pueden tender la mano al que está a su lado y experimentar que están enraizados en la misma humanidad; de ahí se ne-



Yuba donó un billete a Francisco, encarnó con su gesto espontáneo lo que el Pontífice, aun apreciando el gesto, se lo devolvió con gratitud

cesario recomenzar para redescubrirse hermanos y hermanas, hijos en la tierra del Dios del cielo, Padre de todos.

Queridos hermanos y hermanas, lo que nos recuerda que una planta nace de una semilla son las raíces. Es hermoso que aquí la gente les dé tanta importancia a sus raíces. He leído que en estas tierras "las raíces nunca se olvidan", porque "los antepasados nos recuerdan quiénes somos y cuál debe ser nuestro camino. Sin ellos estamos perdidos, temerosos y sin brújula. Sin pasado no hay futuro" (cf. C. Carlassare, *La capanna di Padre Carlo. Comboniano tra i Nuer*, 2020, 65). En Sudán del Sur los jóvenes crecen atesorando los relatos de los ancianos y, si bien la narrativa de estos años estuvo caracterizada por la violencia, es posible, más aún, es necesario inaugurar una nueva a partir de ustedes: una nueva narrativa del encuentro, donde lo que se ha sufrido no se olvide, sino que esté habitado por la luz de la fraternidad; una narrativa que ponga en el centro no sólo el dramatismo de la crónica, sino el deseo ardiente de la paz. Sean ustedes, jóvenes de etnias diferentes, las primeras páginas de esta narrativa. Aunque los conflictos, la violencia y los odios hayan arrancado los buenos recuerdos de las primeras páginas de la vida de esta República, sean ustedes los que vuelvan a escribir la historia de paz. Yo les agradezco su fortaleza de ánimo y todos sus gestos de bien, que son tan agradables a Dios y hacen valioso cada día que viven.

También quisiera dirigir una palabra agradecida a quienes los ayudan, a menudo en condiciones no sólo difíciles, sino de emergencia. Gracias a las comunidades eclesiales por sus obras, las cuales merecen ser sostenidas; gra-

cias a los misioneros, a las organizaciones humanitarias e internacionales, en particular a las Naciones Unidas por el gran trabajo que realizan. Ciertamente, un país no puede sobrevivir con ayudas externas, sobre todo teniendo un territorio tan rico de recursos; pero ahora dichas ayudas son extremadamente necesarias. Quisiera también honrar a los numerosos trabajadores humanitarios que han perdido la vida, así como exhortar a que se respeten las personas que ayudan y las estructuras de apoyo a la población, que no pueden ser objeto de asaltos y vandalismo. Junto a las ayudas urgentes, creo que es muy importante, en perspectiva de futuro, acompañar a la población en la vía del desarrollo, por ejemplo, ayudándola a adquirir técnicas actualizadas para la agricultura y la ganadería, de manera que se facilite un crecimiento más autónomo. Les pido a todos, con el corazón en la mano: ayudemos a Sudán del Sur, no dejemos sola su población, que tanto ha sufrido y sigue sufriendo.

Por último, deseo dirigir un recuerdo a los numerosos refugiados sursudaneses que están fuera del país y a cuantos no pueden regresar porque su territorio está ocupado. Estoy cerca de ellos y espero que puedan volver a ser protagonistas del futuro de su tierra, contribuyendo a su desarrollo de manera constructiva y pacífica. Nyakuor Rebecca, me has pedido una bendición especial para los niños de Sudán del Sur precisamente para que puedan crecer todos juntos en la paz. Nosotros tres como hermanos daremos la bendición: con mi hermano Justin y mi hermano Iain, juntos les daremos la bendición. Que, con ella, les llegue la bendición de tantos hermanos y hermanas cristianos en el mundo, que los abrazan y alientan sabiendo que en ustedes, en su fe, en su fuerza interior, en sus sueños de paz resplandece toda la belleza del ser humano.



## El Papa en Sudán del Sur

### Basta ya de sangre derramada y de conflictos es la hora de la paz

VIENE DE LA PÁGINA 2

nos ha enseñado que cuanto más pequeños nos hacemos, dando espacio a los demás y acogiendo a cada prójimo como a un hermano, más grandes somos a los ojos del Señor. La joven historia de este país, desgarrado por los enfrentamientos étnicos, necesita reencontrar la mística del encuentro, la gracia de la comunidad. Es necesario mirar más allá de los grupos y de las diferencias para caminar como un único pueblo, en el que, como sucede en el Nilo, los distintos afluentes traigan riquezas. Fue precisamente a través del río que los primeros misioneros, hace más de un siglo, llegaron a estas costas; a ellos se unieron con el tiempo muchos cooperantes. A todos ellos quisiera agradecerles la hermosa obra que realizan. Pero también pienso en los misioneros, que lamentablemente encuentran la muerte mientras siembran la vida. No los olvidemos y no dejemos de garantizarles a ellos y a los cooperantes la necesaria seguridad; ni de respaldar sus obras de bien con los apoyos necesarios, de modo que el río del bien siga fluyendo.

Con todo, un gran río puede a veces desbordarse y provocar desastres. En esta tierra, lamentablemente, lo han experimentado muchas víctimas de inundaciones, a las que expreso mi cercanía, invitando a



que no se les prive de las ayudas oportunas. Las calamidades naturales recuerdan una creación herida y destrozada, que de ser fuente de vida puede convertirse en amenaza de muerte. Es necesario hacerse cargo, con una mirada amplia, que tenga en el punto de mira a las generaciones futuras. Pienso, en particular, en la necesidad de combatir la deforestación causada por el afán de conseguir más ganancias. Para prevenir los desbordamientos de un río es necesario mantener limpio su lecho. Dejando de lado la metáfora, la limpieza que el curso de la vi-

da social necesita es la lucha contra la corrupción. Tráficos inicuos de dinero, tramas ocultas para enriquecerse, negocios clientelares, falta de transparencia: este es el fondo contaminado de la sociedad humana, que impide que los recursos necesarios lleguen donde es más necesario; en primer lugar, para combatir la pobreza, que constituye el terreno fértil en el que se enraízan odios, divisiones y violencia. La urgencia de un país civilizado es hacerse cargo de sus ciudadanos, en particular de los más frágiles y desfavorecidos. Pienso sobre todo en

los millones de desplazados que viven aquí. Cuántos de ellos han tenido que dejar su casa y se encuentran relegados en los márgenes de la vida luego de enfrentamientos y migraciones forzadas. Con el fin de que las aguas de vida no se transformen en peligros de muerte es fundamental dotar a un río de diques adecuados. Esto vale también para la convivencia humana. En primer lugar, debe detenerse el tráfico de armas que, a pesar de las prohibiciones, continúan llegando a muchos países de la zona y también a Sudán del Sur. Aquí se necesi-

tan muchas cosas, pero ciertamente no hay ninguna necesidad de más instrumentos de muerte. Otros diques son imprescindibles para garantizar el curso de la vida social; me refiero al desarrollo de adecuadas políticas sanitarias; a la necesidad de infraestructuras vitales; y, de modo especial, al papel primordial de la alfabetización y de la instrucción, único camino para que los hijos de esta tierra tomen las riendas de su futuro. Ellos, como todos los niños de este continente y del mundo, tienen derecho a crecer teniendo en sus manos cuadernos y juguetes, y no herramientas de trabajo y armas.

El Nilo Blanco, finalmente, deja Sudán del Sur, atraviesa otros estados, se encuentra con el Nilo Azul y llega al mar. El río no conoce fronteras, sino que une territorios. De modo similar, para alcanzar un desarrollo adecuado es esencial, hoy más que nunca, cultivar las relaciones positivas con otros países, comenzando por los circundantes. Pienso también en la preciosa contribución de la comunidad internacional en lo que respecta a este país. Expreso mi reconocimiento por el esfuerzo dirigido a favorecer la reconciliación y el desarrollo del mismo. Estoy convencido de que, para aportar subsidios provechosos, es indispensable una comprensión real de las dinámicas y de los problemas so-

ciales. No basta observarlos y denunciarlos desde el exterior; es necesario implicarse, con paciencia y determinación y, más en general, resistir la tentación de imponer modelos preestablecidos que, por el contrario, son extraños a la realidad local. Como dijo san Juan Pablo II hace treinta años en Sudán: «Hay que hallar soluciones africanas para los problemas africanos» (*Discurso durante la Ceremonia de bienvenida*, 10 febrero 1993). Señor Presidente, distinguidas Autoridades, siguiendo el itinerario del Nilo he querido adentrarme en el camino de este país que es tan joven como querido. Sé que algunas de mis expresiones pueden haber sido francas y directas, pero les ruego que crean que esto nace del afecto y de la preocupación con la que sigo vuestras vicisitudes, junto a los hermanos con los que he venido hoy aquí, peregrino de paz. Deseamos ofrecerles de corazón nuestra plegaria y nuestro respaldo para que Sudán del Sur se reconcilie y cambie de ruta; para que su curso vital no se detenga ante el aluvión de la violencia, obstaculizado por los cenagales de la corrupción ni frustrado por el desbordamiento de la pobreza. El Señor del cielo, que ama esta tierra, le conceda un nuevo tiempo de paz y de prosperidad. Que Dios bendiga la República de Sudán del Sur. Gracias.

### Llamados a alzar la voz contra la injusticia, prevaricación y violencia

VIENE DE LA PÁGINA 3

sarnos por las situaciones a causa del miedo a perder privilegios y conveniencias.

Segunda imagen: Moisés con las manos extendidas. Él, dice la Escritura, «extendió su mano sobre el mar» (*Ex 14,21*). Sus manos extendidas son el signo de que Dios está a punto de obrar. Más tarde, Moisés sostendrá entre sus manos las tablas de la Ley (*cf. Ex 34,29*) para mostrarlas al pueblo; sus manos extendidas indican la cercanía de Dios que está obrando y que acompaña a su pueblo. Para liberar del mal no es suficiente la profecía; es necesario extender los brazos hacia los hermanos y hermanas, apoyar su camino. Acariciar el rebaño de Dios. Podemos imaginar a Moisés que indica el recorrido y estrecha las manos de los suyos para animarlos a seguir adelante. Durante cuarenta años, como anciano, permanece junto a los suyos; esta es la cercanía. Y no fue una tarea fácil; a menudo tuvo que alentar a un pueblo abatido y cansado, hambriento y sediento, a veces también caprichoso, que se dejaba arrastrar por la murmuración y la pereza. Y para ejercitar esa tarea también tuvo que luchar consigo mismo, porque, en algunas ocasiones, vivió momentos de oscuridad y desolación, como aquella vez que le dijo al Señor: «¿Por qué tratas tan duramente a tu servidor? ¿Por qué no has tenido compasión de mí, y me has cargado con el peso de todo este pueblo? [...] Yo solo no puedo soportar el peso de todo este pueblo: mis fuerzas no dan para tanto» (*Nm*

*11,11.14*). Mira la oración de Moisés: está cansado. Sin embargo, Moisés no se retiró; siempre cerca de Dios, nunca se alejó de los suyos. También nosotros tenemos esta tarea: extender las manos, levantar a los hermanos, recordarles que Dios es fiel a sus promesas, exhortarlos a seguir adelante. Nuestras manos han sido «ungidas por el Espíritu» no sólo para los ritos sagrados, sino

truyó un becerro de oro, Moisés subió de nuevo al monte —¡pensemos cuánta paciencia!— y pronunció una oración que es una auténtica lucha con Dios para que no abandone a Israel. Llegó a decir: «Este pueblo ha cometido un gran pecado, ya que se han fabricado un dios de oro. ¡Si tú quisieras perdonarlo, a pesar de esto...! Y si no, bórrame por favor del Libro que tú has es-

en oración, mientras que sus hermanos combaten en el valle (*cf. Ex 17,8-16*). Sostener con la oración ante Dios las luchas del pueblo, atraer el perdón, administrar la reconciliación como canales de la misericordia de Dios que perdona los pecados; esa es nuestra tarea como intercesores.

Queridos hermanos y hermanas, estas manos proféticas, extendidas y



para alentar, ayudar, acompañar a las personas a salir de aquello que las paraliza, las encierra y las vuelve temerosas.

Por último —tercera imagen— las manos alzadas al cielo. Cuando el pueblo cayó en el pecado y se cons-

crito» (*Ex 32,31-32*). Se pone del lado del pueblo hasta el final, alza la mano en su favor. No piensa en salvarse solo, no vende al pueblo por sus propios intereses. Intercede. Moisés intercede, Moisés lucha con Dios; mantiene los brazos alzados

alzadas cuestan trabajo, no es fácil. Ser profetas, acompañantes, intercesores, mostrar con la vida el misterio de la cercanía de Dios a su Pueblo puede requerir dar la propia vida. Muchos sacerdotes, religiosas y religiosos —como nos ha dicho sor

Regina de sus hermanas— fueron víctimas de agresiones y atentados donde perdieron la vida. En realidad, su existencia la ofrecieron por la causa del Evangelio y su cercanía a los hermanos y hermanas nos dejan un testimonio maravilloso que nos invita a proseguir su camino. Podemos recordar a san Daniel Comboni, que con sus hermanos misioneros realizó en esta tierra una gran labor evangelizadora. Él decía que el misionero debía estar dispuesto a todo por Cristo y por el Evangelio, y que se necesitaban almas audaces y generosas que supieran sufrir y morir por África.

Pues bien, yo quisiera agradecerles por lo que hacen en medio de tantas pruebas y fatigas. Gracias, en nombre de toda la Iglesia, por su entrega, su valentía, sus sacrificios y su paciencia. ¡Gracias! Les deseo, queridos hermanos y hermanas, que sean siempre pastores y testigos generosos, cuyas armas son sólo la oración y la caridad; pastores testigos, que se dejan sorprender dócilmente por la gracia de Dios y son instrumentos de salvación para los demás; pastores y profetas de cercanía que acompañan al pueblo, intercesores con los brazos alzados. Que la Virgen Santa los cuide. En este momento, pensemos en silencio en estos hermanos y hermanas nuestros que han dado la vida aquí, en el ministerio pastoral, y demos gracias al Señor porque ha estado cerca. Demos gracias al Señor por su cercanía martirial. Recemos en silencio.

Gracias por sus testimonios. Y si tienen un poquito de tiempo, recen por mí. Gracias.

## El Papa en Sudán del Sur

Oración ecuménica en el mausoleo "John Garang" donde Francisco dice que el amor del cristiano es incluso por el enemigo

# Quien sigue a Jesús siempre elige la paz

La penúltima jornada del viaje de Francisco en Sudán del Sur concluyó con la oración ecuménica en el mausoleo "John Garang" en Yuba. En la tarde del sábado 4, después del encuentro con los desplazados internos del país, el Papa llegó en coche al cercano lugar del segundo encuentro, donde está enterrado el primer vicepresidente sudanés y presidente del gobierno, y donde fue proclamada la independencia en 2011. En el cortejo papal estaban también el arzobispo de Canterbury y el moderador de la asamblea general de la Iglesia de Escocia, que participaron en la ceremonia, introducida por el saludo del presidente del Consejo de las Iglesias de Sudán del Sur (Ssc). Publicamos el texto del discurso pronunciado por el Pontífice a la presencia de cincuenta mil personas, entre las cuales el jefe de Estado, Salva Kiir Mayardit.

Señor Presidente de la República, Distinguidas Autoridades religiosas y civiles, Queridos hermanos y hermanas:

Desde esta tierra amada y martirizada se acaban de elevar al cielo muchas oraciones. Diversas voces se han unido, formando una sola. Juntos, como Pueblo santo de Dios, hemos rezado por este pueblo herido. Como cristianos, rezar es lo primero y más importante que estamos llamados a realizar para poder obrar bien y tener la fuerza para caminar. Rezar, obrar y caminar. Reflexionemos sobre estos tres verbos. Ante todo, rezar. El gran esfuerzo de las comunidades cristianas en la promoción humana, en la solidaridad y en la paz sería vano sin la oración. En efecto, no podemos promover la paz sin antes haber invocado a Jesús, «Príncipe de



la paz» (Is 9,5). Lo que hacemos por los demás y lo que compartimos con ellos, es primeramente un don gratuito que recibimos de Él teniendo las manos vacías. Es gracia, pura gracia. Somos cristianos porque somos amados gratuitamente por Cristo. Esta mañana me inspiré en la figura de Moisés y ahora, justamente en relación a la oración, quisiera volver a evocar un episodio decisivo para él y para su pueblo, que aconteció cuando recién había iniciado a acompañarlo en su camino hacia la libertad. Habiendo llegado a la orilla del mar Rojo, se presenta ante él y ante todos los israelitas una escena

dramática: delante aparece la barrera infranqueable de las aguas; detrás está llegando el ejército enemigo, con carros y caballos. ¿No será acaso que esto nos recuerda los primeros pasos de este país, asaltado por aguas mortales, como aquellas de las desastrosas inundaciones que lo han azotado; y por la brutal violencia bélica? Pues bien, en esa situación desesperada Moisés dice al pueblo: «¡No teman! Manténganse firmes, porque hoy mismo ustedes van a ver lo que hará el Señor para salvarlos» (Ex 14,13). Ahora me pregunto, ¿de dónde le venía a Moisés tal certeza, mientras su pueblo, atemorizado, seguía lamentándose? Esta fuerza le venía por escuchar al Señor (cf. vv. 2-4), que le había prometido manifestar su gloria. La unión con Él, la confianza en Él cultivada en la oración, era el secreto con el que Moisés pudo acompañar al pueblo, de la opresión a la libertad.

Es así también para nosotros: rezar nos da la fuerza para salir adelante; superar los temores; entrever, aun en la oscuridad, la salvación que Dios prepara. Es más, la oración atrae la salvación de Dios sobre el pueblo. La oración de intercesión, que caracterizó la vida de Moisés (cf. Ex 32,11-14), es una obligación sobre todo para nosotros, pastores del Pueblo santo de Dios. Para que el Señor de la paz intervenga ahí donde los hombres no alcanzan a construirla, es necesaria la oración; una tenaz, constante oración de intercesión. Hermanos, hermanas, apoyémosnos en esto. En nuestras diversas confesiones, sintámonos unidos los unos con los otros, como una única familia; y sintámonos responsables de orar por todos. En nuestras parroquias, iglesias, asambleas de culto y de alabanza, seamos asiduos y unánimes en la oración (cf. Hch 1,14), para que Sudán del Sur, de la misma

manera que el pueblo de Dios en la Escritura, "llegue a la tierra prometida"; que disponga, con tranquilidad y justicia, de la tierra fértil y rica que posee, y sea colmado de esa paz prometida, aunque, lamentablemente, no obtenida aún.

En segundo lugar, justamente en favor de la causa por la paz, estamos llamados a trabajar. Jesús quiere que "trabajemos por la paz" (cf. Mt 5,9); por eso quiere que su Iglesia no sea sólo signo e instrumento de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1). En efecto, Cristo, como recuerda el apóstol Pablo, «es nuestra paz», precisamente en el sentido del restablecimiento de la unidad. Él es aquél que de dos hace uno solo, «derribando el muro de enemistad que los separaba» (Ef 2,14). Esta es la paz de Dios, no sólo una tregua a los conflictos, sino una comunión fraterna, que es el resultado de conjugar, no de disolver; de perdonar, no de estar por encima; de reconciliarse, no de imponerse. Tan grande es el deseo de paz desde el cielo, que fue anunciado ya en el momento del nacimiento de Cristo: «en la tierra, paz a los hombres amados por él» (Lc 2,14). Y fue tan grande la angustia de Jesús por el rechazo de este don que vino a traer, que lloró por Jerusalén, diciendo: «¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz!» (Lc 19,42).

Nosotros, queridos hermanos y hermanas, trabajemos sin cansarnos por esta paz, que el Espíritu de Jesús y del Padre nos invita a construir; una paz que integra las diversidades, que promueve la unidad en la pluralidad. Esta es la paz del Espíritu Santo, que armoniza las diferencias, mientras que el espíritu enemigo de Dios y del hombre se vale de la diversidad para dividir. A este respecto, la Escritura dice: «Los hijos de Dios y los hijos del

demonio se manifiestan en esto: el que no practica la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano» (1 Jn 3,10). Queridos hermanos y hermanas, quien se dice cristiano tiene que elegir de qué parte estar. Quien sigue a Cristo elige la paz, siempre; el que desencadena guerra y violencia traiciona al Señor y reniega de su Evangelio. El estilo que Jesús nos enseña es claro: amar a todos, pues todos son amados como hijos del Padre común que está en los cielos. El amor del cristiano no es sólo para los que están cerca, sino para todos, porque cada uno en Jesús es nuestro prójimo, hermano y hermana, incluso el enemigo (cf. Mt 5,38-48). Con mayor razón, cuantos pertenecen a nuestro mismo pueblo, aunque sean de una etnia distinta. «Ámense los unos a los otros, como yo los he amado» (Jn 15,12), este es el mandamiento de Jesús, que contradice cualquier visión tribal de la religión. «Que todos sean uno» (Jn 17,21), esta es la oración ferviente de Jesús al Padre por todos nosotros, los creyentes.

Esforcémonos, hermanos y hermanas, por esta unidad fraterna entre nosotros los cristianos, y ayudémosnos a transmitir el mensaje de la paz a la sociedad; a difundir el estilo de no violencia de Jesús, para que en quien se profesa creyente no haya más espacio para una cultura basada en el espíritu de venganza; para que el Evangelio no sea sólo un bonito discurso religioso, sino una profecía que se hace realidad en la historia. Pongámonos manos a la obra; trabajemos por la paz tejiendo y remendando, nunca cortando o rasgando. Sigamos a Jesús y, tras de Él, demos pasos comunes por el camino de la paz (cf. Lc 1,79).

Y ahora el tercer verbo. Después de rezar y obrar, caminar. Aquí, a lo largo de décadas, las comunidades cristianas se han

comprometido fuertemente en promover itinerarios de reconciliación. Quisiera agradecerles este luminoso testimonio de fe, que nació de reconocer —no sólo de palabra, sino de obra— que antes de las divisiones históricas hay una realidad inmutable: somos cristianos, somos de Cristo. Es hermoso que, en medio de tantos conflictos, la pertenencia cristiana no haya jamás disgregado a la población, sino que ha sido, y sigue siendo, factor de unidad. La herencia ecuménica de Sudán del Sur es un tesoro precioso; una alabanza al nombre de Jesús; un acto de amor a la Iglesia, su esposa; un ejemplo universal hacia el camino de unidad de los cristianos. Es una herencia que ha de ser custodiada con el mismo espíritu. Que las divisiones eclesiales de los siglos pasados no influyan en quienes son evangelizados, sino que la semilla del Evangelio contribuya a difundir una unidad más grande. Que el tribalismo y la división en facciones, que alimentan la violencia en el país, no afecten las relaciones interconfesionales. Al contrario, que el testimonio de unidad de los creyentes repercuta en el pueblo.

En este sentido, para terminar, quisiera sugerir dos palabras clave para continuar nuestro camino: memoria y compromiso. Memoria: los pasos que ustedes dan imitan las huellas de sus predecesores. No tengan miedo de no estar a la altura; en cambio, siéntanse impulsados por aquellos que les han preparado el camino. Como en una carrera de relevos, tomen el testigo, para que de ese modo se acelere la llegada a la meta de la comunión plena y visible. Y luego el compromiso: se camina hacia la unidad cuando el amor es concreto; cuando, unidos, se socorre a quien está marginado, a quien está herido y descartado. Ustedes ya lo realizan en muchos ámbitos. Pienso en particular en la asistencia sanitaria, en la instrucción y en la caridad. Cuánta ayuda urgente e indispensable llevan a la población. Gracias por esto. Sigamos así, nunca compitiendo, sino siendo como una familia; hermanos y hermanas que, por medio de la compasión por quienes sufren, los predilectos de Jesús, dan gloria a Dios y testimonian la comunión que Él desea.

Queridos hijos, mis hermanos y yo vinimos como peregrinos en medio de ustedes, Pueblo santo de Dios en camino. Aun estando distantes físicamente, permaneceremos siempre cerca de ustedes.

Comencemos cada día rezando los unos por los otros, y con los otros; trabajando juntos, como testigos y mediadores de la paz de Jesús; caminando por el mismo sendero, dando pasos concretos de caridad y de unidad. En todo, amémosnos profundamente y de manera sincera (cf. 1 P 1,22).



## El Papa en Sudán del Sur

La homilía en el último encuentro público del viaje a tierra africana

# Deponer las armas del odio y de la venganza para empuñar la oración y la caridad

Más de cien mil fieles en fiesta participaron, el domingo 5 de febrero, en Yuba - en la gran plaza junto al mausoleo "John Garang" y en el área limítrofe - en la misa celebrada por el Papa Francisco para la comunidad católica de Sudán del Sur. Publicamos el texto de la homilía pronunciada por el Pontífice, en presencia del presidente de la República, en el último encuentro público del viaje en tierra africana.

Las palabras que el apóstol Pablo dirigió a la comunidad de Corinto en la segunda Lectura, quisiera hoy hacerlas mías y repetir las ante ustedes: «Cuando los visité para anunciarles el misterio de Dios, no llegué con el prestigio de la elocuencia o de la sabiduría. Al contrario, no quise saber nada, fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado» (1 Co 2,1-2). Sí, la inquietud de Pablo es también la mía, al encontrarme aquí con ustedes en el nombre de Jesucristo, el Dios del amor, el Dios que realizó la paz por medio de su cruz; Jesús, Dios crucificado por todos nosotros; Jesús, crucificado en quien sufre; Jesús, crucificado en la vida de tantos de ustedes, en muchas personas de este país; Jesús resucitado, vencedor del mal y de la muerte. Vengo a ustedes para proclamarlo a Él, para confirmarlos en Él, porque el anuncio de Cristo es anuncio de esperanza. Él, en efecto, conoce las angustias y los anhelos que llevan en el corazón, las alegrías y las fatigas que marcan sus vidas, las tinieblas que los oprimen y la fe que, como un canto en la noche, elevan al cielo. Jesús los conoce y los ama; si

da, desde tiempos antiguos, como símbolo de la sabiduría, es decir, de esa virtud que no se ve, pero que da gusto a la vida y sin la cual la existencia se vuelve insípida, sin sabor. Pero, ¿de qué sabiduría nos habla Jesús? Él utiliza esta imagen de la sal inmediatamente después de haber proclamado las Bienaventuranzas a sus discípulos. Comprendemos entonces que las Bienaventuranzas son la sal de la vida del cristiano; en efecto, llevan a la tierra la sabiduría del cielo; revolucionan los criterios del mundo y del modo habitual de pensar. ¿Y qué dicen? En pocas palabras, afirman que, para ser bienaventurados -es decir, plenamente felices-, no tenemos que buscar ser fuertes, ricos y poderosos; más bien, humildes, mansos, misericordiosos. No hacer daño a nadie, sino ser constructores de paz para todos. Esta -nos dice Jesús- es la sabiduría del discípulo, es lo que da sabor a la tierra que habitamos. Recordemos que, si ponemos en práctica las Bienaventuranzas, si encarnamos la sabiduría de Cristo, no damos un buen sabor solamente a nuestra vida, sino también a la sociedad, al país donde vivimos.

Pero la sal, además de dar sabor, tiene otra función, esencial en los tiempos de Cristo, que es conservar los alimentos para que no se deterioren y se echen a perder. Pero la Biblia dice que había una "comida", un bien esencial que debía conservarse antes que cualquier otro: la alianza con Dios. Por eso en aquellos tiem-



quebrantable (cf. 1 Co 11,25; Hb 9), un amor por nosotros que ni siquiera nuestras infidelidades pueden dañar.

Hermanos, hermanas, somos testigos de esta maravilla. Antigüamente, cuando las personas y los pueblos establecían una amistad entre ellos, a menudo la estipulaban intercambiándose un poco de sal. Nosotros, que somos sal de la tierra, estamos llamados a testimoniar la alianza con Dios en la alegría, con gratitud, mostrando que somos personas capaces de crear lazos de amistad, de vivir la fraternidad, de construir buenas relaciones humanas, para impedir que la corrupción del mal, el morbo de las divisiones, la suciedad de los negocios ilícitos y la plaga de la injusticia prevalezcan.

Hoy quisiera agradecerles por ser sal de la tierra en este país. Sin embargo, frente a tantas he-

cia, podemos dar un aporte decisivo para cambiar la historia. Jesús desea que lo hagamos como la sal: una pizca que se disuelve es suficiente para dar un sabor diferente al conjunto. Entonces no podemos echarnos atrás, porque sin ese poco, sin nuestro poco, todo pierde gusto. Comencemos justamente por lo poco, por lo esencial, por aquello que no aparece en los libros de historia, pero cambia la historia. En el nombre de Jesús, de sus Bienaventuranzas, depongamos las armas del odio y de la venganza para empuñar la oración y la caridad; superemos las antipatías y aversiones que, con el tiempo, se han vuelto crónicas y amenazan con contraponer las tribus y las etnias; aprendamos a poner sobre las heridas la sal del perdón, que quema, pero sana. Y, aunque el corazón sangre por los golpes recibidos, renunciemos de una vez por todas a responder al mal con el mal, y nos sentiremos bien interiormente; acojámonos y amémonos con sinceridad y generosidad, como Dios hace con nosotros. Cuidemos el bien que tenemos, ¡no nos dejemos corromper por el mal!

Pasemos a la segunda imagen que usa Jesús, la luz: Ustedes son la luz del mundo. Una famosa profecía decía acerca de Israel: «Yo te destino a ser la luz de las naciones, para que llegue mi salvación hasta los confines de la tierra» (Is 49,6). La profecía ya se ha cumplido, porque Dios Padre ha enviado a su Hijo, y Él es la luz del mundo (cf. Jn 8,12), la luz verdadera que ilumina a cada hombre y a cada pueblo, la luz que brilla en las tinieblas y disipa las nubes de cualquier oscuridad (cf. Jn 1,5,9). Pero el mismo Jesús, luz del mundo, dice a sus discípulos que también ellos son luz del mundo. Eso significa que nosotros, acogiendo la luz de Cristo, la luz que es Cristo, nos volvemos luminosos, irradiamos la luz de Dios.

Jesús agrega: «No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del candelero, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos lo de casa» (Mt 5,14,15). También en este caso se trata de imágenes familiares en aquellos tiempos; varias aldeas de Galilea estaban en las colinas, se las podía ver bien desde lejos; y a las lámparas, en las casas, se

la ponía en alto para que dieran luz en todos los rincones de la habitación; después, cuando había que apagarlas, se cubrían con un objeto de terracota llamado "celemín", que quitaba el oxígeno a la llama hasta extinguirla. Hermanos y hermanas, la invitación de Jesús a ser luz del mundo es clara. Nosotros, que somos sus discípulos, estamos llamados a brillar como una ciudad puesta en lo alto, como un candelero cuya llama nunca tiene que apagarse. En otras palabras, antes de preocuparnos por las tinieblas que nos rodean, antes de esperar que algo a nuestro alrededor se aclare, se nos exige brillar, iluminar, con nuestra vida y con nuestras obras, la ciudad, las aldeas y los lugares donde vivimos, las personas que tratamos, las actividades que llevamos adelante. El Señor nos da la fuerza para ello, la fuerza de ser luz en Él, para todos; porque todos tienen que poder ver nuestras obras buenas y, viéndolas -nos recuerda Jesús-, se abrirán con asombro a Dios y le darán gloria (cf. v. 16). Si vivimos como hijos y hermanos en la tierra, la gente descubrirá que tiene un Padre en los cielos. A nosotros, por tanto, se nos pide que ardamos de amor. No vaya a suceder que nuestra luz se apague, que desaparezca de nuestra vida el oxígeno de la caridad, que las obras del mal quiten aire puro a nuestro testimonio. Esta tierra, hermosísima y martirizada, necesita la luz que cada uno de ustedes tiene, o mejor, la luz que cada uno de ustedes es.

Queridos hermanos y hermanas, les deseo que sean sal que se esparce y se disuelve con generosidad para dar sabor a Sudán del Sur con el gusto fraterno del Evangelio; que sean comunidades cristianas luminosas que, como ciudades puestas en lo alto, irradian una luz de bien a todos y muestren que es hermoso y posible vivir la gratuidad, tener esperanza, construir todos juntos un futuro reconciliado. Hermanos y hermanas, estoy con ustedes y les deseo que experimenten la alegría del Evangelio, el sabor y la luz que el Señor, «el Dios de la paz» (Flp 4,9), el «Dios de todo consuelo» (2 Co 1,3), quiere infundir en cada uno de ustedes.

Al finalizar la misa, después del saludo que le dirigió el arzobispo de Juba, el Papa se despidió

de Sudán del Sur con las siguientes palabras

Gracias, querido Hermano Stephen, por estas palabras. Saludo al Señor Presidente de la República, así como a todas las Autoridades civiles y religiosas presentes. He llegado ya a la conclusión de esta peregrinación en medio de ustedes y desearía expresar mi agradecimiento por la acogida recibida y por todo el trabajo que han realizado para preparar esta visita, que fue una visita fraterna de tres.

Les agradezco a todos ustedes, hermanos y hermanas, que han venido en gran número desde diferentes lugares, haciendo muchas horas -incluso días- de camino. Además del afecto que me han manifestado, les agradezco su fe, su paciencia, todo el bien que hacen y todas las fatigas que ofrecen a Dios sin desanimarse, para seguir adelante. En Sudán del Sur hay una Iglesia valiente, emparentada con la de Sudán, como nos recordaba el Arzobispo, el cual mencionó la figura de santa Josefina Bakhita, una gran mujer, que con la gracia de Dios transformó en esperanza su sufrimiento. «La esperanza que en ella había nacido y la había "redimido" no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos», escribió Benedicto XVI (Carta enc. *Spe salvi*, 3). Esperanza es la palabra que quisiera dejarle a cada uno de ustedes, como un don para compartir, como una semilla que dé fruto. Tal como nos recuerda la figura de santa Josefina, la esperanza, especialmente aquí, se encuentra en el signo de la mujer y por eso quisiera agradecer y bendecir de modo especial a todas las mujeres del país.

A la esperanza quisiera asociar otra palabra. Ha sido la palabra que nos acompañó estos días: paz. Con mis hermanos Justin e Iain, a quienes agradezco de corazón, hemos venido aquí y seguiremos acompañando sus pasos, los tres juntos, haciendo todo lo posible para que sean pasos de paz, pasos hacia la paz. Quisiera confiar este camino de todo el pueblo con nosotros tres, este camino de la reconciliación y de la paz a otra mujer. Me refiero a nuestra tierna Madre María, la Reina de la paz. Nos acompañó con su presencia solícita y silenciosa. A ella, a quien ahora rezamos, le encomendamos la causa de la paz en Sudán del Sur y en todo el continente africano. A la Virgen encomendamos también la paz en el mundo, en particular los numerosos países que se encuentran en guerra, como la martirizada Ucrania.

Queridos hermanos y hermanas, volvemos, cada uno de nosotros tres a nuestra sede, llevándonos aún más presentes en el corazón. Lo repito, ¡están en nuestro corazón, están en nuestros corazones, están en los corazones de los cristianos de todo el mundo! No pierdan nunca la esperanza. Y que no se pierda la ocasión de construir la paz. Que la esperanza y la paz habiten en ustedes. Que la esperanza y la paz habiten en Sudán del Sur.



permanecemos en Él, no debemos temer, porque también para nosotros cada cruz se transformará en resurrección, cada tristeza en esperanza, cada lamento en danza.

Quisiera, por tanto, detenerme en las palabras de vida que nuestro Señor Jesús nos dirigió hoy en el Evangelio: «Ustedes son la sal de la tierra [...]. Ustedes son la luz del mundo» (Mt 5,13,14). ¿Qué nos dicen estas imágenes a nosotros, discípulos de Cristo? En primer lugar, somos sal de la tierra. La sal sirve para dar sabor a la comida. Es el ingrediente invisible que da gusto a todo. Precisamente por eso, es considera-

pos, cada vez que se hacía una ofrenda al Señor, se ponía un poco de sal. Escuchemos lo que dice la Escritura a este respecto: «Nunca dejarás que falte a tu oblación la sal de la alianza de tu Dios: sobre todas tus oblationes deberás ofrecer sal» (Lv 2,13). De ese modo, la sal recordaba la necesidad básica de cuidar la relación con Dios, porque Él es fiel a nosotros, su alianza con nosotros es incorruptible, inviolable y duradera (cf. Nm 18,19; 2 Cr 13,5). Por eso el discípulo de Jesús, en cuanto sal de la tierra, es testigo de la alianza que Él ha realizado y que celebramos en cada Misa; una alianza nueva, eterna, in-

ridas, a la violencia que alimenta el veneno del odio, a la iniquidad que provoca miseria y pobreza, podría parecerles que son pequeños e impotentes. Pero, cuando les asalte la tentación de sentirse insuficientes, hagan la prueba de mirar la sal y sus granitos minúsculos; es un pequeño ingrediente y, una vez puesto en un plato, desaparece, se disuelve, pero precisamente así es como da sabor a todo el contenido. Del mismo modo, nosotros cristianos, aun siendo frágiles y pequeños, aun cuando nuestras fuerzas nos parezcan pocas frente a la magnitud de los problemas y a la furia ciega de la violen-



## El Papa en Sudán del Sur

Entrevista a la misionera comboniana  
Elena Balatti

# Nuevas esperanzas para la paz en Sudán del Sur

SILVINA PÉREZ

«No obstante el acuerdo del 2018, la paz y la estabilidad todavía están lejos y siguen los conflictos a baja intensidad, con episodios ocasionales de gran violencia. La gente en general, no solo los católicos, espera que la visita ecuménica del Papa Francisco pueda realmente dar un impulso a la paz». Esta es la esperanza de sor Elena Balatti, misionera comboniana en Malakal, Sudán del Sur. Italiana, originaria de la Valtellina, durante años gestionó «Sout al Mahaba» («Voz de la Caridad») – la radio diocesana de la familia religiosa fundada por san Daniele Comboni, punto focal en la vida de la comunidad –, hasta que la emisora fue destruida en 2014 en un violento ataque. Actualmente es coordinadora de la oficina para el Desarrollo humano integral, Caritas de la diócesis de Malakal.

¿Qué frutos traerá el viaje apostólico del Papa Francisco?

La importancia de esta visita es muy grande y será necesario tiempo para entender bien las dimensiones de lo que hemos vivido; es importante sobre todo para nosotros como cristianos. Por primera vez en 500 años después de la separación de la Iglesia anglicana de la Iglesia católica, el primado de la Comunión anglicana y el jefe de la Iglesia de Roma hacen una visita pastoral juntos: este significado no se nos puede escapar a nosotros como cristianos por su gran valor para la unidad. Se puede trabajar juntos, se puede hacer muchas cosas juntos en el nombre del Señor y este significado es particularmente importante en Sudán del Sur, un país desgarrado por muchos conflictos que se basan no tanto en el factor

religiosos como en el étnico. Estando con ellos también el moderador de la asamblea general de la Iglesia de Escocia, presbiteriana, el ejemplo de los tres líderes cristianos que pueden rezar juntos y trabajar juntos es un buen ejemplo para todos los cristianos y los no cristianos de Sudán del Sur; es un mensaje concreto de unidad. Los hechos hablan más que las palabras, se dice, y creo que esto es muy cierto en este caso.

*Años de feroz conflicto, inestabilidad política, éxodo de masa, han conducido al país, riquísimo de materias primas y recursos, al borde del abismo económico. ¿Cuáles son las perspectivas reales de paz y desarrollo económico y social en Sudán del Sur?*

Es una pregunta que los misioneros nos planteamos desde hace varios años, que el pueblo

lencia en muchas áreas; han nacido también nuevos focos de tensión. No en vano el Papa a su llegada, el viernes 3, pronunció palabras muy duras hacia los políticos y también el sábado 4 en el encuentro con los religiosos: el sufrimiento del pueblo sud sudanés es muy grande. La educación y el derecho a la educación, también gracias a la Iglesia, están difundiéndose y empiezan a ser

celebrar la vida también en los momentos impactantes. Y creo que aun así la solución de este problema, la búsqueda de la unidad, esté sobre todo y exclusivamente en las manos de los sud sudaneses que encontrarán su camino, pero la Iglesia tiene el deber de estar. Y esta visita apostólica va en esta dirección. Una vez más el Papa, y no por primera vez, subraya el camino de la paz como

Me ha llamado mucho la atención que al final del encuentro con el clero, los religiosos y las religiosas que trabajan en Sudán del Sur a nivel local y misionero, el Papa les haya dado las gracias. Creo que lo hizo porque tenía información sobre el contexto extremadamente difícil donde trabajamos. Las palabras del Papa fueron de aliento para los religiosos y para el clero que realiza la mi-

uno tuvo que huir por los combates y la violencia, y empezar de nuevo. ¿Cuántas veces nuestras misiones, fundadas por Daniele Comboni hace 150 años, han sido arrasadas? Ahora mismo estamos reconstruyendo nuestra casa de las misioneras combonianas destruida por la última guerra civil, nos ha pasado muchas veces y también nos podemos desanimar.

La Iglesia, independientemente de las condiciones en las que trabaja y de los peligros que corre, sigue siendo profética. Duramente golpeada a lo largo de los años aquí en Sudán del Sur, no busca venganza sino justicia, sobre todo para el pueblo, que es la premisa para una paz estable. Incluso podemos llegar a pensar que es demasiado, que no podemos salir de ello, ¡pero no es así! Podemos salir y los resultados no están realmente en nuestras manos, somos parte de un diseño más grande: el Papa nos dijo que debemos ser dóciles como Moisés al plan de Dios. Y al mismo tiempo debemos dar nuestra contribución sin cansarnos, nos pidió que siguiéramos siendo pastores del pueblo. Y estas palabras tuyas también me han hecho bien, ya que estos días estoy siguiendo a los grupos de refugiados, y casi estaba perdiendo un poco la paciencia, pero me volvió después de escuchar al Papa el sábado por la mañana.



aquí se plantea: ¿cuándo habrá un poco más de paz y de estabilidad? Y debemos realmente esperar. El 2022 ha sido un año extremadamente difícil que ha visto un aumento de las divisiones y la explosión de la vio-

considerados un bien y la gente no quiere privarse de ellos. La población, gracias a una profunda capacidad de adecuarse a situaciones que son poco alentadoras, logra encontrar la forma de ir adelante y de

único camino para una convivencia humana y digna para todos.

*El Papa tuvo palabras muy bonitas para la Iglesia local, les agradeció lo que hacen. ¿Qué opina al respecto?*

sión en este país, porque confieso que a veces podemos desanimarnos... ¡Cuántas veces hemos reconstruido nuestras misiones! Es muy difícil volver a donde todo ha sido destruido, a la misma casa de la que



*El Papa en Sudán del Sur*

# Pastores que interceden en medio del pueblo, no administradores

ANDREA TORNIELLI

A todo el que ejerce un ministerio en la Iglesia se le pide que haga espacio al Señor e interceda en medio del pueblo.

El discurso pronunciado por el Papa Francisco en la Catedral de Yuba, en el encuentro con los obispos, el clero y los religiosos del país, es profundo y está lleno de reflexiones que van mucho más allá de las fronteras de Sudán del Sur y de África.

El Sucesor de Pedro recordó en primer lugar la necesidad de no pensar "que somos el centro", de no confiar "en nuestra propia habilidad", porque "nuestro trabajo viene de Dios: Él es el Señor y nosotros estamos llamados a ser instrumentos dóciles en sus manos".

A continuación, pidió a los pastores que fueran compasivos y misericordiosos, "no amos del pueblo" ni "líderes tribales".

A continuación, introdujo una actitud fundamental de quienes están llamados a servir a sus hermanos y hermanas: la intercesión.

Como hizo el Hijo de Dios al encarnarse y morir en la cruz: descendió para levantarnos.

Como hizo Moisés, intercediendo por el pueblo, metiéndose en su historia para acercarlo a Dios.

E interceder, explicó Francisco, haciéndose eco de las palabras del cardenal Martini, no significa simplemente "rezar por alguien", como a menudo pensamos. Etimológicamente significa "dar un paso en medio", dar un paso para ponerse en medio de una situación. "Muchas veces no sale muy bien, pero hay que hacerlo", señaló el Papa. Era evidente, escuchándole, que el obispo de Roma hablaba en tercera persona pero desde el corazón de su propia experiencia como



pastor que reza, que grita, que intercede, que se mete en medio para ayudar a su pueblo. Porque, como explicó, esto es precisamente lo que se requiere de los pastores, "caminar en medio": en medio del sufrimiento, en medio de las lágrimas, en medio del hambre de Dios y la sed de amor de sus hermanos y hermanas. "Nuestro primer deber -prosiguió Francisco- no es ser una Iglesia perfectamente organizada: eso lo puede hacer cualquier empresa. La Iglesia de Cristo "se sitúa en medio de la vida

sufriente del pueblo y se ensucia las manos por el pueblo" y sus pastores ejercen su ministerio, "caminando en medio y juntos, aprendiendo a escuchar y a dialogar, colaborando entre nosotros como ministros y con los laicos". Juntos, no como miembros privilegiados de una casta. Juntos siguiendo al Maestro y haciéndole sitio, no como funcionarios de lo sagrado o como gestores que se apoyan en estructuras y estrategias. ¿No es éste el icono más apropiado para describir la sinodalidad?



# La misión de presencia de sor Alphonsa en la República centroafricana devastada por la guerra

SOR ALPHONSA KIVEN  
Y SOR BERNADETTE MARY REIS

Sor Alphonsa Kiven, monja terciaria franciscana, ha pasado la mayor parte de su vida en el rol de superiora: después de haber sido provincial en su país de origen, Camerún, ahora está desempeñando el tercer mandato como consejera general. Sor Alphonsa siempre había deseado ser misionera: hoy celebra su jubileo de oro y mirando atrás nos cuenta cómo el Señor ha cumplido su deseo de forma completamente inesperada.

Sor Alphonsa toma la palabra: "Misión: esta idea se había convertido en una fijación. Siempre había sido mi sueño, había leído muchas vidas de santos, en el noviciado, y siempre me había gustado que cuando eran jóvenes habían luchado mucho, como Francisco, Agustín o Teresa de Jesús. Y después, historias de personas que habían ido a la misión solas, lejos, recogiendo desafíos: estás historias me fascinaban". Mientras estaba aquí, en la casa generalicia, fui enviada en misiones difíciles, en particular en zonas de conflicto y guerra. Y así, cuando en 2015 estalló el conflicto en la República centroafricana, leíamos los relatos de historias escalofriantes. Se decidió que yo fuera al país porque en esa zona había iniciado dos misiones cuando fui provincial de Camerún: por eso, la República Centroafricana siempre ha sido mi "hija predilecta"; todo lo que se refiere a Centroáfrica me lle-

ga directamente al corazón. Y así empezamos a recopilar cosas. Después llegó mi conflicto interior, entre mi amor por la misión - ir a un lugar que representa un desafío - y la realidad, que era otra cosa. Muchas personas me prometieron que rezarían por mí. Una de las monjas ofreció una hora de adoración eucarística durante toda la duración de mi visita a la República centroafricana. Dejé Roma y me recibieron dos hermanas; nuestro camión fue escoltado por soldados cameruneses hasta la frontera. Es realmente difícil poner en palabras esos sentimientos. Lo que tenía en mi mente era ¿dónde seremos atacadas? Estaba sentada en el coche, rígida, por el miedo que tenía dentro. Pasamos mucho tiempo en la frontera y estaba cayendo la noche. Me dije: "Cuando nos ataquen, no sabremos ni siquiera dónde estamos muriendo". A las 9 de la noche llegamos al obispado de Berbérati, con una bellísima luna llena. Los niños se amontonaban en torno a mí, bailando y cantando *la mère es arrive* (ha llegado la madre). Las lágrimas me caían sobre las mejillas mientras algunos de ellos me tiraban del hábito y otros querían que les cogiera en brazos. Llegué con miedo, tensión, rigidez y fui acogida por la alegría incontenible de los niños. En ese momento, la única palabra que recordaba en francés era *merci*. Cuando me fui a dormir, no lograba poner en palabras lo que me estaba sucediendo dentro: estaba perdida por "culpa" de



la alegría de los niños.

Mi experiencia esa semana era levantarme por la mañana, rezar, salir a agradecer a los soldados por velar y cuidarnos a nosotros y a la gente durante la noche (por suerte logré recuperar mi francés), después iba a saludar a los niños y a llevarles el desayuno (todos los niños estaban bien alimentados). Después, durante el día me veía con diferentes grupos y todos estaban contentos cuando me sentaba con ellos, incluso los musulmanes. Un día, el jefe de los musulmanes me dijo: "El obispo y las monjas para nosotros son como Alá". En ese momento di gracias a Dios: todo lo que pude hacer fue quedarme allí y mirar al hombre. Ya

no recordaba una palabra de francés. Me dediqué también a las monjas, escuchando a las que estaban traumatizadas y abrumadas por la situación terrorífica en la cual habían vivido durante casi un año. Les di las gracias por su testimonio de fe y los valores franciscanos de presencia y compasión. Les dije que había visto cómo los niños ahora se aferraban a sus ropas cada vez que una monja salía de la casa. Dediqué tiempo a las mujeres, escuchándolas: me contaban sus historias - cuántas personas habían muerto, algunas de ellas habían visto delante de sus ojos como asesinaban a sus maridos e hijos, las casas quemadas - todo tipo de atrocidades. Estas son las historias que escuché. Luego

fui a su pueblo, un pueblo vibrante en el que había estado antes. Había una hermosa mezquita allí. Ahora estaba completamente en ruinas. Atravesé ese pueblo y era como caminar en un cementerio, y seguía preguntándome: "Dios, ¿por qué?". Cuando volví al obispado lo único que fui capaz de decirles fue: "He visto". No logré decir nada más. Y ellos me respondieron: "Gracias madre". Su gratitud era mayor de lo que pudiera soportar: no lloro fácilmente, pero entonces las lágrimas fluían libremente.

Con los niños también hubo muchos momentos de alegría. De hecho, ellos sabían que, por la tarde, después del colegio, había caramelos. Las monjas les ponían en fila - eran más de cien - y mi tarea era dar un caramelo a cada uno de ellos. ¡Y luego gritaban! La alegría de los niños era el mayor contraste.

Esta fue la semana que pasé en Berbérati. Lo que más me impresionó fue el contraste entre el miedo y la gratitud y la alegría de personas que acababan de perderlo todo, pero realmente todo. Su aprecio no era por las mantas o por las cosas que llevé, sino por el hecho de haber ido, por mi presencia. Mi viaje a la República Centroafricana en el periodo del conflicto fue un viaje que reforzó mi fe, un viaje en el que experimenté cómo Dios trabaja a través del testimonio evangélico de nuestras monjas.

#sistersproject

Mensaje del Papa a los religiosos reunidos en Santa María Mayor por la fiesta de la Presentación del Señor

## En la Iglesia cada uno es una misión

La XXVII Jornada mundial de la vida consagrada fue celebrada la tarde del jueves 2 de febrero, fiesta de la presentación del Señor, con la misa presidida a las 18, en la basílica papal de Santa María Mayor, por el cardenal Joao Braz de Aviz, prefecto del Dicasterio para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. Al inicio de la celebración el purpurado leyó el siguiente mensaje enviado para la ocasión por el Papa Francisco.

¡Queridos consagrados y consagradas!

Con afecto os dirijo mi saludo en ocasión de la Jornada Mundial de la vida Consagrada, mientras estáis reunidos para la Celebración eucarística en la Basílica de Santa María Mayor. Y quisiera abrazar en este momento a todos los hermanos y a las hermanas consagrados en todas las partes del mundo.

El tema de la Jornada de este año es "Hermanos y hermanas para la misión".

Cuando escuchéis mi mensaje, yo estaré en misión en la República Democrática del Congo, y sé que estaré acompañado por vuestra oración.

A su vez quiero aseguraros la mía por la misión de cada uno de vosotros y de vuestras comunidades.

Todos juntos somos miembros de la Iglesia, y la Iglesia está en misión desde el primer día, enviada por el Señor Resucitado, y lo estará hasta el último, con la fuerza de su Espíritu.

Y en el Pueblo de Dios, enviado a llevar el Evangelio a todos los hombres, vosotros consagrados tenéis un rol peculiar, que deriva del don particular que habéis recibido: un don que da a vuestro testimonio un carácter y un valor especial, por

el hecho. Mismo de que vosotros estáis integralmente dedicados a Dios y a su Reino, en pobreza, virginidad y obediencia.

Si en la Iglesia cada uno es una misión, cada uno y cada una de vosotros lo es con una gracia propia como persona consagrada.

Además de este don fundamental, vuestra misión se enriquece de los carismas de vuestros institutos y de vuestras sociedades, los carismas de vuestros fundadores y fundadoras. En vuestra estupenda variedad, todos son dados para la edificación de la Iglesia y para su misión.

Todos los carismas son para la misión, y los son precisamente con la incalculable riqueza de su variedad; de tal forma que la Iglesia pueda testimoniar y anunciar el Evangelio a todos y en toda situación.

Hoy celebramos la fiesta del Encuentro: la Virgen María nos da la gracia que nuestra vida de personas consagradas sea siempre una fiesta del encuentro con Cristo; y así, como ella, podamos llevar a todos la luz de su amor: su luz, ¡no la nuestra! ¡Llevarle a Él, no a nosotros mismos!

Queridos, estoy cerca de vosotros y os doy las gracias por lo que sois y por lo que hacéis. Rezo por vosotros y os animo a ir adelante en vuestra misión profética.

Os bendigo de corazón y os encomiendo a María *Salus Populi Romani*. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

Roma, San Juan de Letrán,  
2 de febrero 2023, fiesta de la  
Presentación del Señor.

FRANCISCO

Videomensaje del Papa en la Jornada de oración y de reflexión sobre este terrible fenómeno

## Los jóvenes sean protagonistas en la lucha contra la llaga de la trata de personas

La trata de personas es una llaga vergonzosa que desfigura la dignidad de los seres humanos que son víctimas de ella: es lo que denuncia el Papa Francisco en el videomensaje -cuyo texto publicamos a continuación- para la 9ª Jornada mundial de oración y de reflexión contra este terrible fenómeno, con ocasión de la memoria litúrgica de santa Josefina Bakhita. En tal circunstancia, una representación de jóvenes organizadores de las iniciativas que se realizan en Roma del 6 al 12 de febrero para sensibilizar sobre este tema, participó en la audiencia general del Pontífice.

Hoy recordamos a santa Bakhita, patrona de las víctimas de la trata de personas. Me uno a vosotros que celebráis la Jornada, la novena Jornada mundial de oración y reflexión contra la trata de personas que tiene como tema *Caminar por la dignidad* y que involucra a los jóvenes como protagonistas. Me dirijo a vosotros jóvenes en particular: os animo a cuidar de la dignidad, la vuestra y la de cada persona con la que os encontráis. Supe que habéis sido vosotros los que elegisteis el tema "Caminar por la dignidad".

Es muy importante, indica un gran horizonte para vuestro compromiso contra la trata: la dignidad humana.

De esta manera podéis ayudar a mantener viva la esperanza; y añado también la alegría, que os invito a custodiar en los corazones, junto con la Palabra de Dios, ¡porque la verdadera alegría es Cristo!

La trata de personas desfigura la dignidad. La explotación y el sometimiento limitan la libertad y convierten a las personas en obje-

tos de uso y de descarte. Y el sistema de la trata se aprovecha de las injusticias e inequidades que obligan a millones de personas a vivir en condiciones de vulnerabilidad.

De hecho, las personas empobrecidas por la crisis económica, las guerras, el cambio climático y tanta inestabilidad son fácilmente reclutadas. Desgraciadamente, la trata crece de forma preocupante, afectando especialmente a migrantes, mujeres y niños, jóvenes como vosotros, gente llena de sueños y deseos de vivir dignamente.

Lo sabemos, estamos viviendo tiempos difíciles, pero es precisamente en esta realidad que todos nosotros, especialmente los jóvenes, estamos llamados a unir las fuerzas para tejer redes de bien, para difundir la luz que viene de Cristo y de su Evangelio.

La luz que simbólicamente será entregada en estos días a los jóvenes que han venido a Roma para representar a las organizaciones que colaboran desde hace años para esta Jornada de oración y compromiso contra la trata.

Con este gesto sois enviados como misioneros de la dignidad humana, contra la trata de personas y toda forma de explotación.

Se inaugura así un año especial de participación juvenil, hasta la próxima Jornada de 2024.

Custodiad esta luz y seréis bendición para otros jóvenes. No os canséis de buscar caminos para transformar nuestras sociedades y prevenir esta llaga vergonzosa que es la trata de personas. Caminar por la dignidad, contra la

trata de personas, sin dejar atrás a nadie.

Quisiera retomar algunas bonitas expresiones que habéis escrito: "Caminar con ojos abiertos para reconocer los procesos que inducen a millones de personas, sobre todo jóvenes, a ser traficados para ser explotados con brutalidad. Caminar con el corazón atento para descubrir y sostener los recorridos cotidianos para la libertad y la dignidad. Caminar con la esperanza en los pies para promover acciones anti-trata. Caminar dándose juntos la mano para sostenernos unos a otros y construir una cultura del encuentro, que lleve a la conversión de los corazones y a sociedades inclusivas, capaces de tutelar los derechos y la dignidad de cada persona".

Deseo que sean muchos los que ocajon vuestra invitación a caminar juntos contra la trata: caminar junto a quien está destrozado por la violencia de la explotación sexual o laboral; caminar junto a los inmigrantes, a los desplazados, a quien está en búsqueda de un lugar donde vivir en paz y en familia. Junto a vosotros jóvenes, para reafirmar con valentía el valor de la dignidad humana.

Os doy las gracias y os digo: ¡id adelante con valentía! ¡Id adelante con valentía!

El Señor os bendiga y la Virgen os custodie. Santa Bakhita reza con nosotros y por nosotros.

Os bendigo de corazón a todos vosotros que trabajáis contra la trata y cada persona que encontráis en este camino por la dignidad.

¡Gracias!

El Papa en la audiencia general recorre los pasos del reciente viaje a República Democrática del Congo y Sudán del Sur

# En África juntos con dignidad y esperanza

*En el viaje apostólico a la República Democrática del Congo y Sudán del Sur (31 enero - 5 febrero) «dije dos palabras: la primera es negativa, "¡basta!", ¡basta de explotar África!» y «la segunda es positiva: juntos, juntos con dignidad, todos juntos, con respeto recíproco, juntos en el nombre de Cristo, nuestra esperanza, ir adelante. No explotar e ir adelante juntos». Lo recordó el Papa Francisco -durante la audiencia general- el miércoles 8 de febrero en el Aula Pablo VI recorriendo los pasos y reviviendo los encuentros de la peregrinación en tierra africana.*



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La semana pasada visité dos países africanos: la República Democrática del Congo y Sudán del Sur. Doy las gracias a Dios que me ha permitido realizar este viaje, deseado desde hace tiempo. Dos "sueños": visitar al pueblo congoleño, custodio de un país inmenso, pulmón verde de África: junto a la Amazonia, son los dos pulmones del mundo. Tierra rica de recursos y ensangrentada por una guerra que no termina nunca porque siempre hay quien alimenta el fuego. Y visitar al pueblo sursudanés, en una peregrinación de paz junto al arzobispo de Canterbury Justin Welby y al moderador general de la Iglesia de Escocia, Iain Greenshields: fuimos juntos para testimoniar que es posible y necesario colaborar en la diversidad, especialmente si se comparte la fe en Jesucristo.

Los primeros tres días estuve en Kinsasa, capital de la República Democrática del Congo. Renuevo mi gratitud al presidente y a las otras autoridades del país por la acogida que me reservaron. Inmediatamente después dije: nuestro camino es este; oración, vida comunitaria, honestidad, perdón y servicio. Que el Señor escuche el grito que invoca paz y justicia. Después, en la Catedral de Kinsasa me reuní con los sacerdotes, los diáconos, los consagrados y las consagradas y los seminaristas. Son muchos y son jóvenes, porque las vocaciones son numerosas: es una gracia de Dios. Les exhorté a ser servidores del pueblo como testigos del amor de Cristo, superando tres tentaciones: la mediocridad espiritual, la comodidad mundana y la superficialidad. Que son tentaciones yo diría universales, para los seminaristas y para los sacerdotes. Ciertamente, la mediocridad espiritual, cuando un sacerdote cae en la mediocridad, es triste; la comodidad mundana, es decir, la mundanidad, que es uno de los peores males que pueden suceder a la Iglesia; y la superficialidad. Finalmente, con los obispos congoleños compartí la alegría y la fatiga del servicio pastoral. Les invité a dejarse consolar por la cercanía de Dios y a ser profetas para el pueblo, con la fuerza de la Palabra de Dios, ser signos de cómo es el Señor, de la actitud que tiene el Señor con nosotros: compasión, cercanía y ternura. Son tres maneras de cómo el Señor se relaciona con nosotros: se hace cercano la cercanía con compasión y con ternura. Esto pedí a los sacerdotes y a los obispos.

Después, la segunda parte del viaje tuvo lugar en Yuba, capital de Sudán del Sur, Estado nacido en 2011. Esta visita tuvo una fisonomía totalmente parti-

cular, expresada por el lema que retomaba las palabras de Jesús: "Rezo para que sean una sola cosa" (cfr. Jn 17,21). De hecho, se trató de una peregrinación ecuménica de paz, realizada junto a los jefes de dos Iglesias históricamente presentes en esa tierra: la Comunión Anglicana y la Iglesia de Escocia. Era el punto de llegada de un camino iniciado hace algunos años, que nos había visto reunidos en Roma en 2019, con las autoridades sursudanesas, para asumir el compromiso de superar el conflicto y construir la paz. En 2019 se hizo un retiro espiritual aquí, en la Curia, de dos días, con todos estos políticos, con toda esta gente aspirante a los puestos, algunos enemigos entre ellos, pero estaban todos en el retiro. Y esto dio la fuerza para ir adelante. Lamentablemente el proceso de reconciliación no ha avanzado mucho, y el recién nacido Sudán del Sur es víctima de la vieja lógica del poder, de la rivalidad, que produce guerra, violencias, refugiados y desplazados internos. Agradezco mucho al señor presidente la acogida que nos dio y cómo está tratando de gestionar este camino nada fácil, para decir "no" a la corrupción y al tráfico de armas y "sí" al encuentro y al diálogo. Y esto es vergonzoso: muchos países llamados civilizados ofrecen ayuda a Sudán del Sur, y la ayuda consiste en armas, armas, armas para fomentar la guerra. Esto es una vergüenza. Y sí, ir adelante diciendo "no" a la corrupción y al tráfico de armas y "sí" al encuentro y al diálogo. Solo así podrá haber desarrollo, la gente podrá trabajar en paz, los enfermos curarse, los niños ir al colegio.

El carácter ecuménico de la visita a Sudán del Sur se manifestó en particular en el momento de oración celebrado junto con los hermanos anglicanos y con los de la Iglesia de Escocia. Juntos escuchamos la Palabra de Dios, juntos le dirigimos oraciones de alabanza, de súplica y de intercesión. En una realidad fuertemente conflictual como la de Sudán del Sur este signo es fundamental, y no es descontado, porque lamentablemente está quien abusa del nombre de Dios para justificar violencias y abusos.

Hermanos y hermanas, Sudán del Sur es un país de unos 11 millones de habitantes ¡pequeño! de los cuales, a causa de los conflictos armados, dos millones son desplazados internos y otros tantos han huido a países vecinos. Por esto quise reunirme con un gran grupo de desplazados internos, escucharlos y hacerles sentir la cercanía de la Iglesia. De hecho, las Iglesias y las organizaciones de inspira-

ción cristiana están en primera línea junto a esta pobre gente, que desde hace años vive en los campos para desplazados. En particular me dirigí a las mujeres hay mujeres valientes allí que son la fuerza que puede transformar el país; y animé a todos a ser semillas de un nuevo Sudán del Sur, sin violencia, reconciliado y pacificado.

Luego, en el encuentro con los pastores y los consagrados de esa Iglesia local, miramos a Moisés como modelo de docilidad a Dios y de perseverancia en la intercesión. Y en la celebración eucarística, último acto de la visita a Sudán del Sur y también de todo el viaje, me hice eco del Evangelio animando a los cristianos a ser "sal y luz" en esa tierra tan probada. Dios no pone su esperanza en los grandes y en los poderosos, sino en los pequeños y en los humildes. Así es como se mueve Dios.

Doy las gracias a las autoridades de Sudán del Sur, al señor presidente, a los organizadores del viaje y a todos aquellos que han puesto su esfuerzo, su trabajo para que la visita saliera bien. Doy las gracias a mis her-

manos, Justin Welby e Iain Greenshields, por haberme acompañado en este viaje ecuménico. Recemos para que, en la República Democrática del Congo y en Sudán del Sur, y en toda África, broten las semillas de su Reino de amor, de justicia y de paz.

*Conmovido, el Papa Francisco rezó por Turquía y Siria por la "devastadora calamidad" que las golpeó el lunes pasado, expresando cercanía, aliento y solidaridad a las poblaciones que han sufrido por el terremoto. Su llamamiento se escuchó en el Aula Pablo VI al finalizar la catequesis, durante los saludos a los grupos de fieles. El Pontífice también recordó el drama de la guerra en Ucrania, la celebración litúrgica del día de santa Josefina Bakhita, patrona de las víctimas de la trata de seres humanos, y la de la beata Virgen de Lourdes, que se celebra el 11 de febrero, Jornada mundial del enfermo. Finalmente la audiencia general concluyó con el canto del Pater noster y la bendición.*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los que han venido de Chile. Encomendemos a las

víctimas y a los afectados por los incendios en esta querida nación. Les pido también que recemos por nuestros hermanos y hermanas del continente africano —especialmente por la República Democrática del Congo y Sudán del Sur—, para que Dios los guíe por sendas de amor, de justicia y de paz. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Mi pensamiento va, en este momento, a las poblaciones de Turquía y Siria duramente golpeadas por el terremoto, que ha causado miles de muertos y heridos. Con conmoción rezo por ellos y expreso mi cercanía a estos pueblos, a los familiares de las víctimas y a todos aquellos que sufren por esta devastadora calamidad. Agradezco a todos los que se esfuerzan por llevar socorro y ánimo a todos a solidarizarse con esos territorios, que ya han sido martirizados por una larga guerra. Rezamos juntos para que estos hermanos y hermanas nuestros puedan ir adelante, superando esta tragedia, y pedimos a la Virgen que les proteja: "Dios te salve María..."

da persona humana es criatura de Dios, de Dios venimos y a Dios todos volvemos. Las religiones, para ponerse al servicio de la fraternidad, necesitan dialogar entre ellas, conocerse, enriquecerse recíprocamente y profundizar sobre todo en lo que une y la colaboración para el bien de todos. Las diferentes tradiciones religiosas, recurriendo cada una al propio patrimonio espiritual, pueden aportar una gran contribución al servicio de la fraternidad. Si somos capaces de demostrar que es posible vivir la diferencia en la fraternidad, podríamos poco a poco liberarnos del miedo y de la desconfianza hacia el otro que es diferente a mí. Cultivar la diversidad y armonizar las diferencias no es un proceso sencillo, sino que es la única vía capaz de garantizar una paz sólida y duradera, es un compromiso que requiere reforzar nuestra capacidad de dialogar con los otros. Hombres y mujeres de diferentes religiones caminan hacia Dios recorriendo caminos que cada vez más a menudo se cruzan. Cada encuentro puede ser ocasión para ponerse o, con la ayuda de Dios, para animarse mutuamente e ir adelante como hermanos y hermanas. Compartimos de hecho no solo un origen común y descendencia, sino también un destino común, el de criaturas frágiles y vulnerables, como el periodo histórico que estamos viviendo nos muestra de forma evidente. Queridos hermanos y queridas hermanas, somos conscientes de que el recorrido de la fraternidad es un camino largo y difícil. Contra los muchos conflictos, contra las sombras de un mundo cerrado, ¡pongamos el signo de la fraternidad! Esta nos insta a acoger al otro y respetar la identidad, nos inspira a trabajar en la convicción de que es posible vivir en armonía y en paz. Doy las gracias a todos aquellos que se unirán a nuestro camino de fraternidad, y los animo a comprometerse por la causa de la paz y para responder a los problemas y a las necesidades concretas de los últimos, de los pobres, de los indefensos, de aquellos que necesitan nuestra ayuda. Y en esta dirección va el Premio Zayed para la Fraternidad Humana. Muchas gracias, muchas gracias por vuestra sesión con el premio de este año, que fue entregado a la comunidad de Sant'Egidio ya la señora Shamsa Abubakar Fadhil. Muchas gracias por vuestro trabajo, por vuestro testimonio. Y a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, mi saludo y mi bendición.

da persona humana es criatura de Dios, de Dios venimos y a Dios todos volvemos. Las religiones, para ponerse al servicio de la fraternidad, necesitan dialogar entre ellas, conocerse, enriquecerse recíprocamente y profundizar sobre todo en lo que une y la colaboración para el bien de todos. Las diferentes tradiciones religiosas, recurriendo cada una al propio patrimonio espiritual, pueden aportar una gran contribución al servicio de la fraternidad. Si somos capaces de demostrar que es posible vivir la diferencia en la fraternidad, podríamos poco a poco liberarnos del miedo y de la desconfianza hacia el otro que es diferente a mí. Cultivar la diversidad y armonizar las diferencias no es un proceso sencillo, sino que es la única vía capaz de garantizar una paz sólida y duradera, es un compromiso que requiere reforzar nuestra capacidad de dialogar con los otros. Hombres y mujeres de diferentes religiones caminan hacia Dios recorriendo caminos que cada vez más a menudo se cruzan. Cada encuentro puede ser ocasión para ponerse o, con la ayuda de Dios, para animarse mutuamente e ir adelante como hermanos y hermanas. Compartimos de hecho no solo un origen común y descendencia, sino también un destino común, el de criaturas frágiles y vulnerables, como el periodo histórico que estamos viviendo nos muestra de forma evidente. Queridos hermanos y queridas hermanas, somos conscientes de que el recorrido de la fraternidad es un camino largo y difícil. Contra los muchos conflictos, contra las sombras de un mundo cerrado, ¡pongamos el signo de la fraternidad! Esta nos insta a acoger al otro y respetar la identidad, nos inspira a trabajar en la convicción de que es posible vivir en armonía y en paz. Doy las gracias a todos aquellos que se unirán a nuestro camino de fraternidad, y los animo a comprometerse por la causa de la paz y para responder a los problemas y a las necesidades concretas de los últimos, de los pobres, de los indefensos, de aquellos que necesitan nuestra ayuda. Y en esta dirección va el Premio Zayed para la Fraternidad Humana. Muchas gracias, muchas gracias por vuestra sesión con el premio de este año, que fue entregado a la comunidad de Sant'Egidio ya la señora Shamsa Abubakar Fadhil. Muchas gracias por vuestro trabajo, por vuestro testimonio. Y a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, mi saludo y mi bendición.

Videomensaje del Papa para la entrega del premio Zayed 2023

## La fraternidad humana antídoto a los conflictos y a las sombras del mundo

*Publicamos a continuación el texto del videomensaje enviado por el Papa Francisco con ocasión de la tercera Jornada internacional de la Fraternidad humana, celebrada en Abu Dhabi el sábado por la tarde 4 de febrero. Sus palabras fueron retransmitidas durante la ceremonia de asignación del premio Zayed 2023 inspirado en el «Documento sobre la Fraternidad Humana» que fue firmado en la capital de los Emiratos Árabes Unidos ese mismo día de 2019 por el Papa Francisco y por el gran imán de Al-Azhar.*

¡Queridas hermanas y queridos hermanos, buenos días!

Saludo con afecto y estima al Gran Imán Ahmed Al-Tayyeb con el cual, exactamente hace cuatro años en Abu Dhabi, firmé el Documento sobre la fraternidad humana para la paz mundial y la convivencia común.

Doy las gracias a Su alteza el jeque Mohammed bin Zayed por su compromiso a favor del camino de la fraternidad; el Alto Comité para la Fraternidad Humana para las iniciativas promovidas en varias partes del mundo; y doy las gracias también a la Asamblea General de las Naciones Unidas porque, con la resolución de diciembre 2020, estableció el 4 de febrero como Jornada Internacional de la Fraternidad Humana. Además me alegra asociarme a la loable iniciativa de la asignación del premio Zayed por la Fraternidad Humana 2023.

En el compartir sentimientos de fraternidad los unos por los otros, estamos llamados a hacernos promotores de una cultura de paz que anime al diálogo, la comprensión recíproca, la solidaridad, el desarrollo sostenible y la inclusión. Todos nosotros llevamos en el corazón el deseo de vivir como hermanos, en la ayuda recíproca y en armonía. El hecho de que a menudo esto no se verifica —y lamentablemente tenemos señales dramáticas— debería estimular aún más la búsqueda de la fraternidad.

Es verdad que las religiones no tienen la fuerza política para imponer la paz, pero transformando al hombre desde dentro, invitándolo a desprenderse del mal, lo orientan hacia una actitud de paz. Las religiones tienen, pues, una responsabilidad decisiva en la convivencia entre los pueblos: su diálogo teje una trama pacífica, rechaza las tentaciones de desgarrar el tejido civil y libera de la instrumentalización de las diferencias religiosas con fines políticos. También es relevantes la tarea de las religiones para recordar que el destino del hombre va más allá de los bienes terrenos y se sitúan en un horizonte universal, porque ca-